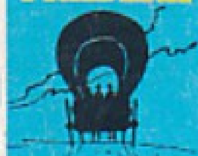


BOLSILIBROS
BRUGUERA

LA CHICA DEL MAS ALLA

Silver Kane



HEROES DE LA PRADERA

SILVER KANE
LA CHICA DEL MAS ALLA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 615 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno, capital: Dodge City.
En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
En Colección COLORADO
637 — Jinetes de medianoche.
En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
En Colección PUNTO ROJO:
947 — Una tumba en Manhattan.
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
613 — Cara Dura ***City.***
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
15 — Un Colt, una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.083 — Todas las hienas de Wichita.

ISBN 84-02-02524-2 Depósito legal: B. 27.393-1981
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: octubre, 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El verdugo hizo deslizar la cuerda entre sus dedos con el gesto complacido del joyero que estuviese tocando una auténtica obra de arte.

—Vea, vea —dijo—. Una soga especial fabricada por Wortington Company, de Chicago. Es lo mejor de lo mejor que se prepara hoy día para fabricar muertos, en buenas condiciones. Observe la suavidad de su tacto, la facilidad con que se desliza sobre la piel. Apenas la trampilla se abre bajo los pies del condenado..., ¡zas! Esta soga se pega a la piel como una lapa y penetra profundamente en ella. Pero al mismo tiempo es suave. No hace daño. Se desliza con tal facilidad, que la victima queda estrangulada en sólo unos segundos. ¡Qué trabajo, amigo! ¡Qué trabajo...! Da gusto cuando uno puede actuar con una soga así. Hasta se podría hacer gratis.

El sheriff, que le había escuchado con atención al principio, hizo un gesto brusco, como si sintiera una náusea.

Ya estaba hasta las narices.

Los verdugos son necesarios, pero no podía soportar a tipos como aquél, que disfrutaban matando.

—Déjeme en paz, Barry —gruñó—. Déjeme en paz de una vez con su condenada soga.

—¿Pero por qué, sheriff? ¿Es que usted no ama su trabajo?

—Mi trabajo es distinto, qué, cuerno.

—No me venga con historias. Usted es de los que le dan gusto al gatillo cuando hace falta. Y ha procurado tener el tipo de Colt, que es el Peacemaker... ¿Por qué no he de tener yo la mejor cuerda, que es la fabricada por los señores Wortington and Company, especializados en defunciones rápidas desde 1816?

—¡Cállese de una vez! ¡Me da náuseas!

El verdugo le miró con expresión entre burlona y siniestra.

No era lo que se dice un tipo de los que infunden confianza a la gente.

Y no sólo por su oficio.

No era sólo por ser verdugo. Era porque ya llevaba algo de extraño y de repulsivo en sí mismo. Era porque al ver a Barry uno ya lo asociaba, sin saber por qué, con la idea de la muerte.

Vestía siempre de negro.

Y tenía una mirada quieta, hipnótica, una mirada con la que parecía estar tomándole a uno las medidas de su propio ataúd.

Al sheriff le inspiraba un sentimiento de hostilidad indefinible. Una especie de asco que le removía las vísceras cada vez que Barry le ponía los ojos encima.

—Usted lleva un mes en Tombstone, Barry —dijo—. ¿Verdad que lleva un mes en Tombstone?

—Ujú… Día más, día menos… Sí, eso es.

—Y ya ha hecho tres ejecuciones…

—Las cosas son rápidas aquí. Usted lo ha dicho: tres ejecuciones. Y buenas, ¿eh? No diga usted que no han sido perfectas.

—Daban asco, Barry.

—¿Por qué? ¿Es que los sentenciados no murieron pronto y con toda limpieza?

—No, yo no digo eso —masculló el sheriff—. Lo que digo es que usted disfrutó matándolos.

—¿Y qué? Ese es mi oficio, ¿no? ¿Acaso usted no disfruta con el suyo?

—Déjeme en paz, Barry. No quiero hablar con usted.

El verdugo rió silenciosamente.

Se notaba que aquél era un día grande para él.

Había llegado con una hora de antelación sobre el horario previsto. Había repasado bien el patíbulo. Había dado vueltas en torno a la celda de los condenados a muerte como una hiena que espera le echen un pedazo de carroña.

—Yo sé lo que le pasa, sheriff —murmuró—. Esta vez le sabe mal que yo hinque el diente a la víctima. Las otras tres ejecuciones no le importaron. Subieron al patíbulo tres asesinos malolientes y por cuyas pieles nadie hubiese dado un dólar machacado. Pero esta vez es distinto. Esta vez va a subir al patíbulo una chica de diecinueve años. Le sabe mal que le hinque el diente, ¿verdad? Le sabe mal que use con ella mi cuerda…

—¡Por todos los infiernos! ¡Lárguese! ¡Márchese de aquí! ¡Bastante tendré con aguantarle en el momento de la ejecución! ¡Ahora no quiero ni verle!

Barry clavó en él una mirada desdeñosa.

«Está tomando con los ojos la medida de mi ataúd —pensó el

sheriff—. Si pudiese me mataría a mí también.»

Pero Barry se limitó a escupir al suelo.

Y se alejó pausadamente, mientras sus botas negras despedían un brillo casi metálico en el pasillo de la prisión.

El sheriff masculló, en tanto le veía alejarse:

—Para él va a ser la fiesta más importante de su vida... No todos los días se le presentan «platos» así. Va a poder ahorcar a una preciosa mujercita de diecinueve años.

* * *

La preciosa mujercita de diecinueve años estaba ahora en la celda de máxima seguridad de la prisión de Tombstone, sentada en el camastro que iba a ser el sitio de su último descanso antes de subir al patíbulo. Vestía sus mejores ropas, pues para la macabra ceremonia je habían permitido usar las elegantes prendas que llevó durante el juicio. Confeccionado con una seda negra, su vestido era digno de una dama. El luto anticipado que llevaba por sí misma hacía destacar más aún su rostro juvenil y terso, sus labios rojos, y levemente ansiosos. Aquel cuello largo y delicioso en el que dentro de muy poco se iba a clavar la cuerda.

Los ojos de la muchacha estaban fijos en la puerta.

No sabía la hora que era, porque nadie se había ocupado en decírselo. Pero desde que empezó a amanecer, ella estaba segura de que ya faltaba muy poco para el momento fatal. Cada vez que oía rumor de pasos en el pasillo todo su cuerpo se encogía, porque pensaba que venían a buscarla.

Ahora, curiosamente, la puerta se abrió sin que ella hubiese oído ningún ruido.

Tuvo un sobresalto.

La figura del carcelero apareció en el umbral. Dirigió una mirada relampagueante a las curvas de la muchacha.

Y pensó lo mismo que había pensado desde que ella entró en la celda de los condenados a muerte, tres días atrás. Aquel pensamiento se resumía en una palabra muy sencilla: «¡Lástima!»

Ella se encogió levemente como ya había hecho las otras veces, con un infantil movimiento de defensa.

—¿Ya es la hora? —musitó.

—Aún no, pero falta poco.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Tiene usted visita, Marta.

Ella se puso en pie.

Le temblaban las manos.

—¿Visita yo? ¿Quién puede querer verme?

—Su abogado, el señor Stirling.

Apenas el carcelero había terminado de decir estas palabras cuando alguien entró. Era un joven alto, fuerte, que daba vueltas nerviosamente a un sombrero vaquero entre sus manos. Usaba levita y un elegante pantalón, pero aquellas prendas no le caían bien. Se notaba que aquel joven hubiera estado mucho mejor, vestido con toda sencillez y cabalgando al frente de una manada. También su rostro, aunque elegante y cultivado, era el de un vaquero. Causaba una sensación extraña verle allí, detenido delante de la puerta, sin saber qué decir.

Fue Marta la que tuvo que animarle susurrando:

—No le esperaba, señor Stirling. Entre.

El entró.

Se movía con incomodidad dentro de aquellas ropas tan a la medida y en aquella celda tan pequeña.

No sabía qué hacer con el sombrero y al fin terminó dejándolo sobre el camastro.

—Fie venido a verla, señorita Norman —dijo—, porque he imaginado que... que usted, en estas horas, se sentirá muy sola.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor Stirling. Pero le juro que llega un momento en que una no nota ni su propia soledad.

—Verá, yo... Yo tengo la sensación de que la defendí mal. Su condena a muerte es algo que me atormenta, algo que no se me quita de la cabeza.

Marta negó, con un suave movimiento.

—Usted no tiene la culpa, señor Stirling —dijo—. Y hasta voy a serle sincera. Hasta voy a decirle algo que me hubiera llevado a la tumba si usted no llega a venir. Le diré que le he admirado a usted profundamente, señor Stirling, Yo no tenía dinero para pagarme un defensor, y entonces el juez designó uno entre los que ejercían en la ciudad. A usted le llamaban «el novato de Tombstone». Me dijeron que acababa de salir de la Universidad y que ésta era su primera causa importante. Como quien dice su primer juicio, vamos. Cuando

usted me hizo la visita en la cárcel y le conocí, confieso que me asusté un poco. Tenía usted... pinta de vaquero. De abogado nada. Y me dije que estaba perdida si tenía que confiar en usted.

El movió las manos con un cansado gesto de impotencia.

—Tenía razón, señorita Norman. Ya ve el resultado.

—A los resultados se llega por muy distintos caminos —musitó ella, con una extraña serenidad—. Si hoy Marta Norman está condenada a muerte, no es culpa suya. Es, sencillamente, que lo he merecido con arreglo a las leyes de este estado. Le confieso que mi miedo se disipó al verle trabajar a usted. ¡Se le notaba tan honrado, infundía tanta confianza...! Y trabajó como nunca ha trabajado nadie. Buscó pruebas donde no las había, interrogó a docenas de testigos de la acusación buscando un fallo que no existía, habló cien veces con el juez para pedirle un aplazamiento y así seguir buscando... Su parlamento ante el jurado también fue muy brillante, señor Stirling. Estuvo usted muy bien. Oyéndole... ¡hasta yo misma empecé a convencerme de que era inocente! Pero...

Ella miraba ansiosamente.

Sus labios temblaron al murmurar:

—...¿Pero qué?

—No soy inocente, señor Stirling. Aunque mis manos no se mancharon nunca de sangre, yo cabalgaba con la banda de Larry Fox. Bastaba probar eso para condenarme a muerte. Todos los de esa banda lo están. El único que se ha librado, porque nadie le conoce aún, es el jefe.

—Marta... Si usted no se manchó las manos de sangre, no pueden condenarla a muerte.

—Se dictaron leyes excepcionales contra esa banda, señor Stirling: hasta los simples miembros morirían en el cadalso. Y las leyes, escritas están.

—Pero... ¡eso es una injusticia!

Ella sonrió tristemente.

—¿Pretende convencerme a mí, señor Stirling?

—No, ya sé que no... Perdone, al venir aquí sé que hago el ridículo. No supe salvarla y ahora estoy aquí como un tonto, pidiéndole perdón por eso. Pero es que no podía dejar que la ahorcaran sin venir, ¿sabe? No podía dejar que subiera al cadalso sin decirle que creo en su inocencia.

—Y eso, ¿de qué sirve ahora?

—Puede servir de bastante porque estoy decidido a defender mis convicciones hasta el final —murmuró él—. Porque yo no hablo en vano.

Y movió la derecha.

Nadie le había registrado al entrar allí.

Al fin y al cabo era el abogado de la condenada.

Pero ahora apareció entre sus dedos un pequeño Colt de seis balas. Una verdadera joya de las que se fabricaban para los tahúres y las peligrosas damas de saloon. Un arma que podía abrir muchas puertas… incluso las de la prisión más segura de Tombstone.

Los ojos de Marta se dilataron.

Miró aquel arma no con esperanza, sino con una especie de horror.

—Jess… —musitó—. Oiga, Jess Stirling… Ya hay bastante con uno que muera.

—La sacaré de aquí —dijo tenazmente él—. Sé que se comete con usted una injusticia monstruosa y estoy dispuesto a que no se llegue hasta el final. No pienso matar a nadie, pero tampoco vacilar en apretar el galillo si hace falla. En especial si me encuentro con Barry, ese verdugo asqueroso…

Ella le miraba con una mezcla de pasmo y de curiosidad.

—Señor Stirling —dijo—, usted ha llegado a ser abogado, pero en realidad no es más que un vaquero. Un pistolero diría yo. Pero en este momento, además, es un loco.

—Usted no caerá en manos de Barry, Marta.

—Si sigue por ese camino caeremos los dos. ¡Por favor, Jess! ¡Ya falla poco para que vengan a buscarme! ¡Déjelo!

Jess Stirling se dirigió hacia la puerta.

Esta se hallaba entornada. El carcelero tenía que estar al otro lado, esperando. El había estudiado muy bien la distribución de la cárcel y sabía que si eliminaba aquel obstáculo podía aspirar a salir por la puerta de mercancías. Era una locura, pero una locura que **no** resultaba del todo irrealizable.

Hizo girar la pesada hoja de hierro.

Eh efecto, el carcelero estaba allí.

Abrió unos ojos como platos al ver el revólver. E inmediatamente trató de llevar su derecha al Colt de reglamentó.

La mirada dura, metálica, implacable, de Stirling le convenció de que no debía seguir por ese camino.

Stirling musitó:

—Fuera el petardo, muchacho. Déjalo caer al suelo y verás cuánto te lo agradece tu salud.

—Abogado, está usted loco de atar...

—Exacto. Y dentro de medio minuto yo seguiré siendo un loco, pero tú ya serás un cadáver. Piensa bien si el cambio te interesa.

Al carcelero no le interesó.

Dejó caer el revólver al suelo. Aquel Colt produjo un sonido fúnebre y metálico.

—Muy bien. Ahora vuélvete. Vas a acompañarnos a los dos hasta la puerta de mercancías.

El funcionario se volvió.

Pero antes hubo un rápido relampagueo en sus ojos. Un relampagueo que puso instantáneamente en guardia a Cassidy.

¡Alguien estaba tras él!

¡Iban a atacarle!

El joven se volvió con la rapidez de una peonza, mientras también giraba el Colt. Pero ya no llegó a tiempo de hacer nada.

A su espalda llegó a entrever aquel rostro odioso.

¡El rostro de Barry!

¡El maldito verdugo vestido de negro!

Barry había alzado ya la pesada culata de su Colt. Antes de que Stirling pudiera hacer nada, había recibido ya un manotazo capaz de desnucar un buey. Pero no cayó. Aún intentó revolverse contra el verdugo.

No tenía ya ninguna posibilidad.

Para Barry aquello fue un juego de niños.

Un hombre que ha recibido un mazazo tan terrible como el que acaba de recibir Stirling, ya no tiene reflejos por lo menos durante unos minutos. Y Barry le propinó un rodillazo que lo hizo resbalar por la pared.

El carcelero también se había puesto en movimiento.

Le clavó un terrible derechazo en la sien.

Stirling vaciló.

Vio como entre tinieblas que la culata se abatía de nuevo sobre su cabeza. Intentó cubrirse y no pudo. El impacto pareció estallar no

sólo en su cerebro, sino también en sus rodillas, que se doblaron inmediatamente.

Barry lo miró con desprecio.

—En seguida he sospechado de él, al verle entrar —masculló—. Pero es bastante imbécil si ha llegado a pensar que yo soltaría mi presa.

Luego su mirada dura, ominosa, se clavó en Marta Norman.

Marta Norman no había cruzado el umbral. Sus ojos miraban incrédulos la figura del hombre caído, mientras se llevaba los dedos a los labios temblorosos.

Barry parecía desnudarla con la mirada.

Barbotó:

—Lástima, muñeca. Lástima que tenga que matarte sin que sirvas para nada más. Pero te juro que será un placer.

Ella trató de escupirle a la cara.

Pero no le alcanzó.

Los músculos de su boca, demasiado contraídos por la emoción, no tenían fuerza ni para eso.

Barry la sujetó por un brazo y tiró brutalmente de ella.

—¡Ven, zorra! ¡Es la hora!

Hizo una señal dirigida al fondo del pasillo.

Con el ruido de la pelea, bastantes personas habían acudido allí. Una de ellas era el sheriff. Y el sheriff cayó inmediatamente sobre Jess Stirling porque se dio cuenta de lo que había sucedido.

—¡Atad a éste! ¡Y a la mazmorra con él!

—No sheriff —dijo Barry.

—¿No? ¿Por qué?

—El ha venido a salvar a Marta Norman.

—Bueno, ¿y qué pasa?

—Quiero que la vea morir.

El sheriff arrugó el entrecejo.

—No hace falta tanto sadismo, maldita sea.

—¡He dicho que quiero que la vea morir! ¡Es el mejor castigo que podemos dar a ese perro!

El sheriff interrogó con la mirada al alcaide de la prisión. Este era la máxima autoridad allí. Y leyó una mirada aprobatoria en sus ojos.

—Está bien —masculló—, que vea la ejecución. Un testigo más,

¿qué importa?

Stirling ya se estaba recuperando, a pesar de los terribles golpes sufridos, y trataba de levantarse. Pero notó entonces que tenía las manos sujetas a la espalda por dos argollas de hierro.

La siniestra comitiva ya se estaba formando.

Marta avanzaba por el pasillo que la ¡levaría al patio donde iba a celebrarse la ejecución. Una luz lechosa y sucia, la luz de un macabro amanecer, entraba por las ventanas enrejadas. La puerta que daba al patio hizo al abrirse un «ññññññec» siniestro que les heló la sangre en las venas a todos.

A todos menos a Barry, claro.

Barry parecía más satisfecho que nunca.

—¡Ese que nos siga! —dijo, señalando a Stirling—. Arrastradle hasta el patio!

Dos carceleros obedecieron la orden Stirling no se resistió en parte porque aún estaba sin fuerzas y en parte porque ya estaba hundido moralmente y no tenía ganas de luchar. Si Marta iba a ser ejecutada de todos modos, ¿para qué sublevarse contra el destino otra vez?

La muchacha se dirigió con paso firme hacia el túmulo. Había muy pocos testigos porque la ejecución no era pública. Aunque los ciudadanos de Tombstone habían protestado hasta el paroxismo, no se les había permitido la entrada. Ver colgada a una hermosa damisela de diecinueve años era un plato demasiado fuerte —a juicio de las autoridades— incluso para los estómagos de aquellos vaqueros acostumbrados a todo

Barry se volvió hacia el sheriff para preguntar con voz perfectamente clara:

—¿Está listo el ataúd? Supongo que si, ¿verdad? ¿O voy a tener que ocuparme yo de todo?

—¡Maldita sea! ¡Claro que está listo! ¿Pero tiene que preguntarlo delante de la condenada?

—Ella es la primera interesada —dijo cínicamente Barry—. Hasta tentamos que habérselo enseñado para ver si el «alojamiento» le parecía bien.

—¡Cállese de una vez, so bestia!

Pero Barry no se calló.

Siguió preguntando:

—¿Alguien ha reclamado el cuerpo de la chica?

—No, claro que no. Usted sabe perfectamente que no tiene parientes.

—Pues entonces el cuerpo me pertenece. Yo debo sepultarlo. La ley está clara en este aspecto, ¿**no**?

El sheriff casi se tambaleó.

—¿Sabe qué estoy pensando, Barry, so cerdo?

—¿Qué piensa? ¡Hala, dígalo, maldito! ¡Así nos convenceremos de que su cabeza le sirva para algo más que para llevar el sombrero!

—¡Pues pienso que quizá sea usted un asqueroso profanador de cadáveres! ¡Eso es lo que he llegado a creer!

Los dos hombres se miraron fieramente. Por un momento pareció como si fueran a acometerse al pie mismo del patíbulo.

El alcaide de la prisión de Tombstone mascullló:

—¡Señores, por favor! ¡Nunca había visto una cosa igual! ¡Este espectáculo es denigrante!

También el federal de más edad de los que se encontraban allí se acercó con actitud resuelta.

Aquellos federales habían perseguido a la banda de Larry Fox y habían capturado a Marta Norman con las manos en la masa. Por lo tanto tenían que ser testigos de la ejecución de ésta.

Y fue el de más edad el que dijo:

—¡Basta! ¡Acaben de una vez!

La chica fue ayudada a subir al patíbulo. Aunque no lo necesitaba, porque su paso era firme y resuelto. Una vez allí, miró por un momento la soga que colgaba sobre su cabeza. Luego cerró los ojos y se notó perfectamente la contracción de la garganta al respirar con ansia.

Stirling asistía impotente a aquel siniestro espectáculo.

Era la primera vez que veía una ejecución. le iba a ser precisamente la ejecución de su primer cliente! ¡La de una muchacha de diecinueve años!

Sus dientes rechinaron.

Y entonces vio la mirada de Marta clavada en él.

Una mirada suave, lejana.

Una mirada que ya no era de este mundo.

Supo que jamás olvidaría aquello.

La luz, turbia, irreal, de aquel amanecer maldito.

La soga que colgaba sobre la cabeza de la condenada.

¡Y la mirada de Marta!

¡Aquella mirada que ya le llegaba desde las fronteras del Más Allá!

Oyó el chirrido de sus propios dientes.

Y entonces vio cómo ajustaban la soga en el cuello de la muchacha. Aquel cerdo de Barry no se daba prisa. Se entretenía en la ceremonia con una especie de deleite, y hasta los que estaban cerca hubiesen podido jurar que el muy buitre acariciaba a Marta.

Stirling no quiso mirar más.

Era demasiado.

De pronto se oyó un siniestro «chaaaaaask» y un murmullo de los que estaban en torno al patíbulo.

La ejecución había sido consumada.

Stirling abrió los ojos de nuevo mientras una mueca de infinita repulsión asomaba a su rostro.

Ya no veía a Marta, cuyo cuerpo acababa de desaparecer por el hueco de la trampilla.

Pero la cuerda, terriblemente tensa, se balanceaba. Y Barry miraba desde arriba con la expresión complacida del que contemplaba una hermosa agonía, una agonía estudiada y lenta.

Hubiera sido imposible decir cuánto tiempo duró.

¿Unos segundos? ¿Minutos? ¿U horas tal vez? Era como una terrible pesadilla donde sólo el dolor tenía sentido, aquel dolor lacerante que contraía la garganta de Stirling.

De pronto éste sintió que alguien tiraba de él.

Era el propio sheriff.

—La ceremonia ha terminado —dijo—. Ahora a ti sólo te queda una cosa que hacer para terminar dignamente tu primera defensa judicial: ir a la cárcel…

CAPÍTULO II

En la puerta había una hermosa placa que decía: «Silversun. Abogado». La puerta correspondía a una de las mejores casas de la ciudad y todos los detalles, desde el porche al tejado, denotaban buen gusto… y dinero para demostrarlo.

Jess Stirling miró con envidia la casa y la placa.

Nunca sería como el señor Silversun.

El había terminado su carrera antes de empezarla. No sólo era un abogado a quien le habían condenado a muerte su primer cliente; era también un ex presidiario. Toda una recomendación para intentar situarse entre la gente bien de Tombstone, que no perdonaba nada a nadie.

Silversun le recibió en seguida.

Era un hombre alto, delgado y elegante, un verdadero ***gentleman.*** No se sabía qué hacía allí en Tombstone, la tierra de las pistoleros, donde había un cementerio tan repleto de hombres muertos a la tremenda que 1c llamaban «la colina de las botas». El resultaba demasiado fino para una tierra así. Pero Silversun, que empezó siendo un simple abogado de vaqueros borrachos, tenía ahora grandes propiedades en la comarca y **no** quería separarse de ellas.

También aspiraba a ser elegido gobernador.

Y para eso, para obtener los votos necesarios, hace falta moverse en ambientes donde le conozcan y le respeten a uno.

Dio una animosa palmada en la espalda del joven.

—Lo siento, muchacho —dijo—. Siento de veras que te hayan tenido dos semanas encerrado allí.

—Me las he merecido —dijo Stirling—. Lo mismo hubieran podido encerrarme por dos años, después de lo que hice.

—Eso es lo que me me aconsejó el juez: que más valía dejar la iniciativa al sheriff y no complicar el asunto. Por eso no intervine, a pesar de que tú eres el pasante que más aprecio.

Stirling hizo un gesto de tristeza.

—No creo que ahora me aprecie demasiado, señor Silversun. He fracasado en toda la línea.

—¡Qué tontería! Tu defensa fue perfecta. Lo único que ocurría era que las pruebas a favor del fiscal resultaban abrumadoras. No se podía conseguir nada.

—Debió defender usted a aquella pobre muchacha, señor Silversun.

—¿Pobre muchacha? Bueno, vamos a dejarlo. Nadie la obligó a cabalgar con la banda de Larry Fox. Claro que aun así la hubiera defendido sin cobrar, créeme. Pero quise darte una oportunidad.

—Una oportunidad.. —dijo amargamente el joven—. Ya ve cómo la he aprovechado.

—Por la defensa no te culpes. Ya te digo que fue perfecta. Lo malo fue..., ¡ejem...!, lo que hiciste luego.

—Comprendo que deberé irme de la ciudad.

Silversun dio unas vueltas por el despacho, con las manos a la espalda, mientras parecía hacerse una serie de reflexiones muy poco alegres.

Al volverse, ofreció un cigarro a Stirling.

—Toma. Jess. ¿.Quieres fumar? Son especiales.

—No, gracias, señor. No podría tragar el humo ahora.

—Lo comprendo. Tu eres un chico con pundonor y todo esto te ha afectado. Además, hasta el último momento creíste en la inocencia de Marta, no sé por qué.

—Era una oscura sensación, señor. Era la intuición de que una chica así no podía ser culpable.

—Mira, amigo, lo que pasa es que tú te fijaste en las piernas de la chica y en su cara. Y reconozco que ambas cosas eran de categoría, pero un abogado tiene que fijarse en algo más. Por ejemplo en las pruebas, ¿no te parece? Y las pruebas a favor del fiscal eran abrumadoras. La chica había cabalgado con Larry Fox, ese despiadado asesino. Ella ni siquiera lo negó.

Jess Stirling suspiró.

—Pero no se manchó las manos de sangre —dijo, con un gesto de impotencia.

—Es igual. La ley es la ley. Todos los miembros de la banda de Larry Fox- por lo sanguinaria que es esa banda, están condenados a muerte. Una vez probado que forman parte de ese maldito grupo, lo demás sobra.

Stirling se dejó caer en una de las butacas del lujoso despacho.

Estaba sencillamente abrumado.

—No hay para tanto —susurró Silversun—. Tú hiciste lo que pudiste.

—Pero con la muerte de esa pobre muchacha no se ha aclarado nada. Larry Fox sigue en pie. Sigue vivo. ¡Y ni siquiera tenemos idea de quién diablos es!

—Larry Fox se ha retirado —murmuró Silversun.

—¿Quién asegura eso?

—Los hechos. Hace dos meses que no da ningún golpe. Su banda se ha dispersado y gran parte de ella ha muerto. Yo creo que Marta Norman habrá sido la última persona a la que se cuelgue en nombre de Larry Fox. En cuanto a ese bandido, ha robado tanto dinero que ahora puede dedicarse a vivir tranquilamente del producto de sus crímenes. El sabrá dónde tiene escondido el dinero. Lo cierto es que estoy seguro de que nunca más se volverá a oír hablar de él.

Stirling hizo de nuevo un gesto de pesadumbre.

—Eso es lo que más lamento —susurró—. Que Marta haya muerto ahorcada y Larry Fox siga vivo, sin que ni tan siquiera sepamos quién es.

—Hum… ¿Y qué quieres hacer, muchacho? ¿Pegarte de cabeza contra las paredes? Larry Fox podría ser yo mismo.

—¿Usted? No me haga reír.

—¿Y por qué no? —preguntó Silversun, el abogado millonario—. Ya no soy un niño, pero sigo montando a caballo como un vaquero. A veces me he ausentado sin que nadie supiese dónde estoy. Y hay mucha gente que dice que los orígenes de mi fortuna no están nada claros.

—Yo he vivido a su lado y sé lo honrado que es usted, Silversun.

—Lo cual no resuelve el problema —murmuró el abogado—. ¿Quién es realmente Larry Fox? Podría ser cualquier ciudadano de Tombstone de los que pasan por honrados. Podría ser el banquero Donovan. O el prestamista Jekyll. O el ranchero Borden. Los tres se han hecho ricos en poco tiempo, sin que se sepa cómo. Y hasta insisto en que podría ser yo mismo. —Encendió un cigarro y se volvió para decir—: Pero de nada sirve ya pensar en eso, muchacho. Olvídalo.

—Lo olvidaría si pudiera, señor Silversun, pero no puedo.

—Lo peor no es eso, sino que tu carrera de abogado ha quedado

deshecha para siempre. ¡Qué desilusión tendría tu padre si llegara a poder verlo!

—Desde el otro mundo lo ve, señor Silversun. Pero no crea que eso me llena de vergüenza, sino al contrario. Mi padre me comprendería.

—Tu padre era un gran tipo —dijo Silversun—. Quizá él hubiera hecho lo mismo que tú. Porque por una mujer bonita él se iba andando desde Kansas hasta San Francisco... ¡Menudo tunante estaba hecho el tal Stirling! Pero era uno de los hombres más honrados de Tombstone, eso lo sabe todo el mundo. Fue uno de los primeros vaqueros borrachos a los que defendí, ¿sabes? Iban a condenarle a un año de cárcel por bronca, justo cuando su mujer acababa de morir. Recuerdo que en el acto del juicio tú estabas a su lado, y no hacías más que hipar, conteniendo las lágrimas, al verle con las argollas de hierro en las muñecas. ¿Qué edad tendrías entonces, Jess? ¿Cinco años? ¿Seis? Quizá ni siquiera recuerdas aquello.

—Al contrario, señor Silversun. Es una de las cosas que más amargamente han quedado grabadas en mi memoria. Hay momentos en que aún creo estar viéndolo.

Silversun dio una larga chupada al cigarro mientras añadía:

—Bueno, el caso fue que logré sacarle libre, y entonces le arranqué el juramento de que no volvería a beber. Creí que aquel truhán de Stirling no lo cumpliría, pero... ¡vaya si lo cumplió! En veinte años, hasta que murió, no tuvo la tentación de probar una maldita gota de alcohol. Tu padre era un hombre de honor, Jess. Trabajó como una bestia para que tú estudiaras y luego fueses a la Universidad. Claro que tú también te ganabas el pan, porque trabajabas de vaquero mientras estudiabas, cosa que bien pocos hubieran hecho. En fin... Ahora las cosas hubieran podido empezar a rodar bien para ti. Eras un flamante abogado y además pasante de Silversun, cosa que no consigue todo el mundo. Pero lo has hundido todo con... con aquel loco intento de liberar a la muchacha.

Stirling alzó la cabeza. A sus labios asomó una suave sonrisa.

—¿Sabe una cosa, señor Silversun? —murmuró—. No estoy arrepentido de haberlo hecho.

—Pero tendrás que irte de la ciudad...

—He cometido lo que la gente considera un error y estoy

dispuesto a pagar por ello. Me iré, aunque todavía no sé bien adónde.

—En eso siento no poder aconsejarte, Jess. Deja que tu instinto te guíe.

El joven se levantó de la butaca y tendió la mano al que hasta entonces había sido su jefe. Sabía que quizá tardaría años en verlo. No pensaba volver en mucho tiempo a Tombstone, porque en Tombstone estaba la tumba de Marta Norman.

—Adiós, señor Silversun —dijo—. Espero que no tenga que defenderme nunca.

Y salió del lujoso edificio, dispuesto a buscar su caballo y aban donar Tombstone. Pero antes fue al cementerio.

Quería despedirse de la tumba de Marta Norman.

No sabía por qué.

No se puede estar enamorado de una muerta.

Pero le era Imposible salir de Tombstone sin dedicarle al menos el último adiós.

Lo peor fue que le aguardaba aún la última sorpresa, la última amargura. En el siniestro e inmenso cementerio de Tombstone, en la llamada «colina de las botas», no pudo encontrar la tumba de la muchacha. Fue el encargado de señalar el orden de los enterramientos el que tuvo que sacarle de dudas, tras consultar su registro.

—Ah, sí… —dijo—. Marta Norman… El cuerpo que trajo el tal Barry, el verdugo de Tombstone.

—Sí. ¿Qué pasó con él? ¿Dónde está sepultado?

—Hum… Ese cadáver proporcionó dinero.

—¿Queeeeé…?

—Verá, la gente se saca unos dólares de donde puede…

Stirling zarandeó a aquel hombre. No se dio cuenta de lo que hacía cuando le sujetó por las solapas. Pero lo cierto fue que lo sacudió con tal fuerza que por poco lo desnuca.

—¿Unos dólares? —farfulló—. ¡Maldito sea! ¡Dígame lo que pasó! ¡Explíquese de una vez…!

—Bueno, pues el caso fue que… ¡Pero, por favor, suélteme! ¡Me va a dejar sin hombros…! El caso fue que trajo el cadáver en un carro. Me lo enseñó…, ¡qué horror! ¡Qué pobre muchacha con la lengua todavía amoratada y los ojos entreabiertos! ¡Qué horrible

muerte debió tener! Aún conservaba las manos atadas y llenas de sangre cuando la trajeron... Se había clavado las uñas en el momento de morir.

—¡Ahórrese los detalles, maldito hijo de perra! —barbotó Stirling, fuera de sí—. ¡Sólo quiero saber dónde está el cadáver! ¡Hable de una vez! ¡Quiero saberlo!

—Bueno, pues... pues... Barry dijo que lo iba a enterrar en la fosa común y que ese trabajo quería hacerlo él mismo. Por lo visto el cerdo disfruta con esas cosas. Pero en aquel momento se presentaron dos estudiantes de Medicina. Dos fulanos estrafalarios como el que más. Dos futuros matasanos... En fin... No era la primera vez que venían. Yo ya los tenía vistos por aquí.

—¿Y qué querían?

—Lo que quiere siempre esa gente: algún cadáver para estudiar Anatomía. Los estudiantes los parten en pedazos y estudian los órganos. Dicen que en las ciudades importantes, donde hay Universidad, eso se hace de una forma normal. Pero aquellos dos tipos estudiaban por su cuenta, o algo así. El caso es que varias veces ya habían tratado de comprarme un cadáver para llevárselo.

—¿Y usted se lo había vendido?

—Yo no. Yo tengo respeto a los muertos, aunque usted no lo crea. Ni siquiera les vendía los de la fosa común, ésos por los que no se interesará ya jamás nadie. Pero cuando vieron a Barry y el cadáver de la chica, se les hizo la boca agua. Dijeron que eso era justamente lo que necesitaban: un cadáver joven y fresco. Entonces empezó el regateo más miserable que en este cementerio se ha visto jamás.

—¿Qué... qué regateo?

—Ellos ofrecían cincuenta dólares por el fiambre, y Barry empeñado en que era suyo y no lo vendía. Al final llegaron a cien, ciento diez... Y por ciento veinte ese marrano de Barry se lo vendió. Los dos estudiantes se lo llevaron en una carreta.

Stirling abrió las manos que aún sujetaban febrilmente las solapas del hombre.

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

Un desaliento terrible, abismal, le había invadido.

Ya no quedaban ni los restos del cadáver de Marta.

Ya no sabía ni qué pensar.

El sepulturero murmuró:

—Parece usted muy afectado, amigo... ¡Vaya! Siento haberle dicho todo esto.

—Mataré a Barry —bisbiseó Stirling—, Maldita sea su estirpe—. Juro que lo mataré.

—No le aconsejo que lo haga. Usted es el abogado de aquella pobre chica, ¿verdad? Ya se buscó un buen lío al intentar salvarla. ¿Por qué quiere buscarse otro peor?

—De todos modos a ese maldito le...

—El cadáver le pertenecía legalmente, al no existir familiares que lo reclamasen. Y. además, lo que hagan con uno después de muerto, ¿qué importa?

—Reconozco que sus frases están llenas de sentido común —dijo Stirling, sintiendo que el desaliento le dominaba de nuevo—. Pero algún día Barry lo pagará.

—No crea que a mí ese tipo me es simpático. Pero será mejor que deje pasar un tiempo. No precipite las cosas ahora.

Stirling suspiró, sintiendo que el cansancio se apoderaba de él.

—¿Dónde fueron esos dos estudiantes de Medicina? ¿Lo sabe?

—Pues... no estoy muy seguro, pero me parece que hablaron de Black Valley, lo que los emigrantes mexicanos llaman el Valle Negro...! ¡Hum! Mal sitio, ¿sabe? No me diga que va a ir usted allí...

Jess Stirling no contestó.

Pero ya tenía algo concreto que hacer.

Cuando salió del despacho de Silversun, no sabía adónde ir.

Y en cambio ahora sí que lo sabía...

CAPITULO III

Las comarcas que atravesó al dejar atrás Tombstone eran ricas y estaban muy bien cultivadas. Tan ricas eran, que muchas veces se habían desarrollado allí implacables «guerras de ranchos» que terminaban en ríos de sangre. Aquellas comarcas le recordaban a Jess Stirling su verdadera vida, que era la de un vaquero. El disfrutaba mucho más enlazando una res que llevando un pleito. Y ahora pleitos no iba a llevar nunca más, después de lo que había sucedido en Tombstone...

De modo que volvió a ser lo que siempre, en realidad, había sido.

Un vaquero.

Hizo pequeñas faenas en los ranchos para ganarse el sustento, y mientras tanto avanzó implacablemente hacia Black Valley. Deseaba llegar allí costara lo que costase.

Por un lado sentía un ansia terrible de llegar.

Por otro tenía miedo.

El tiempo no era caluroso, pero estaba terminando ya la primavera y se entraba en el estío. No resultaba difícil imaginar lo que había sido del cadáver de Marta mientras lo transportaban por los caminos polvorientos, sobre los que, a ratos, caía un implacable sol.

Stirling hubiera preferido no pensarlo.

Pero no podía.

La imaginaba llena de vida, con los ojos cargados de luz.

Y luego no podía dejar de imaginarla mientras la muerte hacía estragos en ella, mientras su carne limpia y tersa se convertía en... en... Había momentos en que Stirling se llevaba las manos a la cabeza y se desesperaba, queriendo no pensar. Pero el maldito pensamiento volvía una y otra vez, tenía miedo de volverse loco.

Por eso le daba angustia llegar.

¿Iba a encontrar todavía restos del cuerpo de Marta cuando llegara a Black Valley? ¿Iba a encontrar... sus pedazos?

¿Podría resistirlo?

Un par de veces decidió no seguir su camino, pero una fuerza ciega le empujaba.

Valle Negro era para él como una obsesión.

En casi todos los sitios donde trabajaba preguntaba si habían visto pasar por allí a dos tipos estrafalarios con un carro. Pero nadie les había puesto el ojo encima.

Al fin Stirling trabajó en un pequeño rancho llamado Namey Court.

Y allí sí que los habían visto.

—¿Unos fulanos bien vestidos? —le preguntaron—. Sí, claro que pasaron por aquí. ¿Cómo olvidarlos? Dijeron que eran estudiantes de Medicina y pidieron algo de comer. Lo que no sé es cómo diablos podían tener apetito.

—¿Por qué?

—Hum... Por el condenado carro que llevaban.

—¿Qué pasaba con él?

—Lo llevaban cubierto por una lona, pero hedía como un cementerio patas arriba. ¡Qué barbaridad! Hasta les prohibimos que lo tuvieran en nuestras tierras.

Jess Stirling tuvo que cerrar los ojos.

De modo que ***aquello*** era Marta Norman.

Su cuerpo llena de vida. Sus ojos llenos de luz.

Aquello.

El hombre que le hablaba le preguntó:

—¿Qué le pasa? Parece usted muy afectado...

—Nada... ¿Y hacia dónde fueron aquellos tipos?

—Dijeron que a Valle Negro.

—Hum... —hizo Stirling—. Hum...

—¿Va usted a ir allí?

—Puede.

—No lo haga. Es un mal sitio.

—¿Por qué un mal sitio?

—Pues... no sé... El caso es que la gente se marcha. Los hombres y las mujeres morían allí de una manera misteriosa. Hasta hubo quien dijo que estaban envenenadas las aguas. El caso es que una población que antes tenía ochocientos habitantes largos, ahora apenas tiene cincuenta. Yo no sé qué pasa, pero apenas entra uno allí, tiene una insoportable sensación de muerte.

—De todos modos creo que iré —dijo tenazmente Stirling.

—En fin, usted mismo... Es asunto suyo. Y ahora hablemos del

trabajo, amigo. Si me ayuda a reunir todas las reses que tengo dispersas por los pastizales, habrá para usted casa, comida y diez dólares.

Jess asintió.

«Aunque fuera por cinco lo haría», pensó.

Lo que necesitaba era olvidar.

Concentrarse el algún trabajo que borrara sus malditos recuerdos.

Pero no lo consiguió.

CAPITULO IV

Black Valley estaba ante sus ojos.

Black Valley era una zona rica en agua, pero donde los hombres, y las reses habían muerto un año atrás. Quizá era cierto que las aguas se envenenaron por alguna causa desconocida, como ocurría a veces. El caso era que todo estaba abandonado, desde las antiguas casas de ricos a las chozas más miserables. Las bandas de forajidos, además, habían hecho ***razzias*** por aquella comarca, hasta convertirla en una de las más inseguras del Oeste. Por eso podía decirse que no quedaba nadie.

Un vaquero a quien encontró, preguntó a Stirling a qué diablos iba allí.

—Quiero ver a dos hombres —explicó el joven—. Dos hombres bien vestidos que llevaban un carro del que se desprendía un hedor espantoso.

—Ah, sí… Yo no les he visto, pero me aseguraron que habían pasado por aquí. Se dice que están en una casa de Black Valley.

—¿En cuál?

—¡Uf! ¡Cualquiera sabe! Hay casas abandonadas por todas partes. Usted mismo puede instalarse en una, si quiere, pero no se lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Por mil cosas. Dicen que aquí la gente se muere sólita… Dicen que hay fantasmas… Pero si quiere alojarse en el saloon tal vez le alquilen una habitación. Increíblemente, el saloon aun está abierto.

—¿Y trabajar? ¿Se puede trabajar aquí?

—No creo.

Stirling contempló a su interlocutor, que llevaba las ropas cubiertas de polvo.

—Pues usted es un vaquero que trabaja —murmuró—. Hay detalles que no engañan.

—Yo trabajo en Rancho Hereford.

—¿Qué es Rancho Hereford?

El vaquero señaló una colina.

En su cima se veía un puntúo blanco.

Debía corresponder a un edificio magnífico.

—Aquello —susurró el vaquero—. Es un edificio sensacional. Y llegará a ser muy rico.

—¿Cómo está aquí? Todo esto ha quedado abandonado...

El vaquero sonrió significativamente.

—Justo, amigo, justo... Aquel rancho lo vendieron por cualquier precio. Y el señor Hereford, que es un hombre decidido, lo compró. El está seguro de que la maldición de Black Valley no va a durar siempre. Las tierras son buenas..., ¡je, je...! Y mientras la gente las abandona, él se las apropia. Llegará a ser el dueño de un imperio.

Stirling pensó que quizá con la «maldición» de Valle Negro, tenía mucho que ver aquel hombre tan «decidido».

Tendría que ir a ver qué tal ciase de pieza era.

—¿No podría encontrar trabajo allí? —susurró.

—No, porque todo está completo. De momento hay poca faena, ¿sabe? Nos bastamos con unos cuantos vaqueros. Tampoco le aconsejo que vaya, porque Hereford es tipo de malas pulgas y le recibirá a cajas destempladas.

Stirling sonrió.

Su sonrisa fue cuadrada y glacial.

—Gracias, amigo —murmuró—. Seguiré su consejo.

Y descendió al fondo del valle para entrar en la población que tenía su mismo nombre.

Una enorme sensación de tristeza oprimía al que llegaba allí.

El valle, en su fondo, era tan estrecho que apenas llegaba la luz.

Y el sol no llegaba nunca.

Se comprendía que la gente hubiera terminado marchándose.

Además, por la noche, aquello debía dar miedo.

Le parecía especia ¡mente siniestro que los restos de la pobre Marta Norman hubieran ido a parar allí, a aquel sitio del diablo.

Se detuvo ante el saloon.

Era un edificio destartalado.

Sólo había un letrero. Y el letrero decía tres cosas que eran las únicas tres cosas importantes: «Whisky. Camas. Pago por adelantado».

Los únicos clientes eran gente de paso como él. Aunque él no estaba de paso, pero lo parecía.

El dueño salió, al oír los cascos del caballo.

—Puede dejarlo en la cuadra —murmuró mirando al animal—¡ estará bien atendido. ¿Y usted? ¿Quiere whisky para emborracharse y cama para dormir la moña esta noche?

Puede que me quede algunos días —susurró Stirling.

—Pues entonces pague por adelantado. Aquí todo es barato: tres dólares la pensión completa. Tiene usted suerte de que necesito pescar al vuelo los clientes que vienen, porque se dejan caer muy pocos por aquí.

El joven dejó su caballo en la cuadra y luego volvió.

—Amigo —preguntó al dueño del saloon—. ¿Ha visto por aquí a dos tipos bien vestidos que llevaban un carro?

—¿Un carro del que desprendía un hedor terrible?

Stirling cerró un momento los ojos para que no se advirtiera su expresión de pena

—Sí —musitó.

—Pasaron por aquí, pero les prohibí que se pararan delante de mi establecimiento. No quise servirles ni una copa. Los muy bestias dijeron que eran estudiantes de Medicina y que necesitaban examinarse pronto en no sé qué Universidad, cerca de aquí. En el carro llevaban un cadáver para hacer autopsias.

Stirling guardó silencio.

El otro continuó:

—Pero, ¿cómo iban a hacer estudios con un cadáver que ya se estaba descomponiendo? Horrible, amigo, horrible... Ellos me explicaron entonces que ya habían estado practicando Anatomía y que ahora sólo pretendían deshacerse de los restos. Unos cuantos pedazos, a lo que parece. Y quién sabe si la cabeza... En fin; que no les dejé pararse y se largaron.

Stirling sintió que se mareaba.

La cabeza... El maldito detalle de la cabeza...

—„Sabe a dónde fueron? —preguntó, con un soplo de voz.

—No, no lo sé, pero deben estar por aquí, ¡Hay tantas casas abandonadas! Busque si quiere, aunque no sé qué demonios va a sacar en limpio si los encuentra.

—Es cosa mía —susurró Stirling.

Y tras dejar la silla y sus pocas pertenencias en la habitación que la habían asignado, salió a registrar la maldita ciudad. Lo malo era que ya se estaba haciendo de noche, todo tenía un aspecto siniestro.

Stirling recordaba cosas sin querer. Recordaba leyendas que había oído acerca de Black Valley.

Era un sitio donde, según la gente ocurrían cosas sobrenaturales.

Donde la gente moría porque sí.

Y resucitaba.

Donde la gente desaparecía.

Y en los sitios más insospechados, de modo fantasmal, volvía a aparecer.

Stirling hizo un gesto de hastío.

Todo eso eran leyendas de la pradera.

Ya se sabe.

Los hombres que van en los carromatos por las llanuras sin fin, los hombres que cabalgan juntos necesitan dejar suelta la fantasía para pasar el rato. Y cuando un sitio se llama Valle Negro y además tiene un aspecto siniestro, le cuelgan el sambenito de las apariciones y de los misterios insondables.

Pero, al estar uno allí, se sentía tentado a creer todas esas cosas.

En efecto, las casas eran fantasmales.

Las ventanas crujían; las puertas se ponían a oscilar solas a causa de cualquier ráfaga de viento.

Llegaban sonidos furtivos de todas partes.

Y la oscuridad que lo iba cubriendo todo no hacía más que acentuar aquella sensación de pesadilla.

El joven no vio nada que le llamara la atención. Le pareció que estaba deshabitado todo.

Pero, cuando ya iba a volver al saloon, sus ojos sufrieron una especie de sacudida al distinguir algo.

Era un carro abandonado.

Un carromato con una lona ya medio hecha pedazos y cuyos jirones eran estremecidos por el viento.

Se acercó a él y a algunos pasos ya captó el olor. Era un olor a muerto que impregnaba las maderas y la lona. Era algo indefinible, algo que invitaba a no dar un paso más. Pero Stirling lo dio. Y miró con ojos entrecerrados la casa que estaba enfrente.

Allí brillaba una lucecita.

¡Por todos los infiernos!

¡Aquellos dos malditos tenían que estar allí! ¡Y allí estaban seguramente también los restos de la pobre Marta Norman!

Un resto de sentido común le aconsejó a Stirling que no entrara. Seguramente que lo que iba a ver sería tan espantoso que marcaría su vida para siempre. Pero estaba dispuesto a que los restos de Marta tuvieran al menos una sepultura digna. De modo que entró.

Vio una habitación bastante destartalada.

Sólo contenía unos cuantos muebles todavía en uso, pero bastante viejos.

Del techo colgaba una lámpara.

Y la luz de esa lámpara se derramaba sobre… ¡sobre el principal objeto que ocupaba el centro de la habitación!

¡Sobre un ataúd!

CAPITULO V

El joven sintió que sus manos temblaban, un momento. Una extraña emoción le invadió cuando se detuvo ante la fúnebre caja, sabiendo lo que iba a encontrar en ella.

Pensó que era mejor no abrirla.

Pero, por otra parte, la caja no desprendía ningún olor.

La curiosidad hizo que el joven se acercara más. Hizo que pusiese las manos en los cierres y la abriera de pronto.

La abrió y...

—¡Aaaaaaah!

* * *

El tipejo que estaba dentro del ataúd repitió el grito al ver a Stirling allí. Pegó un brinco y estuvo a punto de llegar hasta el techo. Cayó, se torció un tobillo y gritó de nuevo:

—¡Aaaaaaah...!

Jess Stirling lo cazó al vuelo.

Lo atenazó con sus brazos amorosos.

Lo acogotó.

Y por poco lo deja seco.

El tipejo temblaba.

Era un fulano delgado y escurridizo.

Llevaba un traje de franela a rayas.

Y un bombín.

El bombín debía estar pegado con goma, porque no se le había caído ni a pesar de los siete saltos que acababa de dar.

Stirling lo dejó al fin respirar, pero lo mantuvo sujeto por las solapas.

—¿Quién es usted? —barbotó.

—Me llamo Pi... pi... pi...

—Basta. Parece que de verdad se esté usted haciendo pipí, amigo. Díga de una maldita vez cómo se Mama.

—Pineas.

—¿Y qué hacia dentro de un ataúd?

—Vi... vi... vi...

—Viva su padre. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No, hombre, no. Quiero decir que vivo ahí dentro.

—¿Queeeé...?

—Estoy más cómodo ahí que en una cama, aunque no lo crea. Mi amigo Simmons se enfada por eso.

—¿Quién diablos es su amigo Simmons?

—Soy yo —dijo una voz a su espalda.

Stirling se volvió, dejando libre al primer individuo que era delgado como una anguila.

Y se encontró con todo lo contrario.

El tipo que acababa de hablar era una ballena.

No entraba por la puerta.

También llevaba un traje de franela a rayas.

Y un bombín de esos que no se mueven de la cabeza ni aunque sople un huracán del noroeste.

Repitió:

—Soy Simmons. Simmons, para servirle. Yo soy el Vivo. Y éste es mi compañero Pineas, alias el Muerto.

—¿El Vivo? ¿El Muerto? ¿Qué diablos significa eso?

—Es que hacemos el truco del resucitado.

—Oigan, ¿saben que cada vez les entiendo menos?

—Espere y verá.

Y Simmons hizo una seña a Pineas.

Pineas comprendió.

Se metió dentro del ataúd.

Cerró

Y Simmons dijo entonces a Stirling:

—Abra.

El joven abrió... ¡y se encontró con la sorpresa de que dentro del ataúd no había nadie!

—Cierre otra vez, por favor.

Stirling obedeció.

—Ahora vuelva a abrir,

—Abrió de nuevo.

¡Y se encontró con el cuerpo de sardina de Pineas, que estaba allí dentro con bombín y todo!

Jess Stirling se rascó la nuca.

—Cuerno —preguntó—. ¿Qué significa esto?

—El ataúd tiene un doble fondo muy pequeño en el que Pineas cabe, gracias a su delgadez —explicó Simmons—. Yo, en cambio, no podría... Los espejos que hay disimulan muy bien la falta de profundidad de la caja cuando Pineas está escondido. Con este número nos hemos presentado en diversos teatros y hemos ganado mucho, muchísimo dinero...

Alzó una mano para dar prosopopeya a su frase

Y la manga, de tan desgastada que estaba, por poco se parte en dos.

—¡Dinero a patadas! —siguió explicando Simmons, más entusiasmado cada vez.

Dio un puntapié al aire como para demostrar que él trataba así los sacos de dólares.

Y por poco se queda sin pantalón, porque los zurcidos se abrieron por cuatro o cinco sitios.

Stirling susurró:

—Ya veo, ya veo... No hace falta que me lo demuestres, amigo. Dinero a carretadas.

—El caso es que ahora estamos sin trabajo —murmuró Pineas— y vamos a Texas con el ataúd, que es nuestra herramienta. Nos hemos alojado en esta casa porque estaba vacía.

—Hay muchas casas vacías aquí —explicó Stirling.

—Esta ciudad nos gusta. Es siniestra —dijo el gordo de Simmons, quitándose el sombrero—. Aquí existe la fama de que la gente resucita. ¡Ah, si pudiéramos montar un espectáculo aquí mismo! ¡Cómo íbamos a lucirnos!

—Como no lo monten para los coyotes...

—De eso nos quejamos. Pero en Texas todo serán éxitos.

—Ese carro maloliente que hay ahí fuera, ¿es suyo?

—Oh, no... Pero deben haber transportado un muerto en él durante días, porque no hay quien se acerque.

—¿Vieron a los hombres que lo llevaban?

—No, no los vimos:-

—Cuánto tiempo llevan aquí?

—Pues... llegamos ayer.

Stirling comprendió que no podría obtener datos de aquellos dos desgraciados. Pero murmuró:

—¿Qué saben del ranchero Hereford?

Simmons se puso el bombín de nuevo.

—Que es un aprovechado—dijo.

—¿Por qué?

—Se está haciendo con las tierras que otras personas abandonaron. Usted no sabe lo que son las leyendas aquí. La gente se moría que daba gusto... ¡y a veces resucitaba! Total, que esto se despobló. Y Hereford se presenta de improviso y empieza a hacerse con todo. ¡Menudo buitre! A él las leyendas le han ido de rechupete.

Pineas añadió:

—Va a dar una fiesta mañana.

—¿Una fiesta? —susurró el joven—, ¿Es este sitio?

—No crea que su rancho es como lo que hay en Black Valley —dijo Pineas—. Lo suyo vale la pena. Y por eso quiere traer a algunos rancheros a fin de que vean las reses que él cría. Hará unas buenas ventas y de paso celebrará el cumpleaños de su mujer. A nosotros nos había invitado, pero no queremos ir.

—¿Por qué no quieren ir? —susurró Stirling, más asombrado cada vez—. al menos comerían caliente.

—Es que quería que hiciéramos el truco del ataúd y ahora no podemos hacerlo —confesó Simmons—. Ante usted la cosa ha salido bien por casualidad, pero lo cierto es que el doble fondo está algo estropeado. Mientras no se arregle, no queremos actuar en público, para no hacer el ridículo.

—Comprendo —musitó el joven—, Y ahora que nos conocemos, ¿por qué no dejan que les invite a un trago?

—¡Magnífico! ¿Tiene dinero?

—Más bien poco —confesó Stirling—. pero siempre puedo pagar una copa a dos buenos amigos. Brindaremos por el éxito de ustedes dos... y por la fiesta de Hereford.

Simmons arqueó una ceja.

—¿La fiesta de Hereford? ¿Por qué? —preguntó.

—Por una sencilla razón: parque pienso asistir a ella...

CAPITULO VI

Cuando se llegaba a caballo a las cercanías de la casa, uno se daba cuenta de que, en efecto, el paisaje era del todo distinto. Allí las cosas dejaban de ser siniestras para transformarse en bonitas. Los pastos eran espléndidos y las reses engordaban a placer. La casa, casi enteramente nueva, resplandecía de luz.

Stirling, aunque llevaba ropas muy limpias, iba vestido como un vaquero.

Temió que por eso no le dejaran entrar,

Pero vio, al llegar al jardín delantero de la casa, que la fiesta era campera. Unos cuantos vaqueros tocaban las guitarras en un porche, A un lado de éste, una barbacoa despedía un apetitoso aroma. Y bastantes de los invitados iban vestidos sin ceremonias, es decir con los atuendos normales de un rancho.

Stirling pensó que allí era cuestión de tener cara.

Necesitaba que le tomaran por uno de los invitados.

De modo que, con la mayor naturalidad —cosa que no le costó, puesto que al fin y al cabo sabia ser una persona educada— se apeó de su caballo y lo puso en manos de uno de los sirvientes.

—Por favor, cuide de él.

—Desde luego, señor. Es usted invitado del señor Hereford, naturalmente.

—Naturalmente...

Stirling avanzó.

—Le ruego que pase a la casa.

Todo aquello era magnífico.

Una señora casa.

Y un señor negocio.

Miró una zona del porche que estaba vacía y donde pensó situarse para observar a la gente, de momento. Miró también las ventanas que daban a aquella zona Todas estaban oscuras.

Todas menos... menos una.

En una había una mancha blanca que era como un rostro humano que estuviera mirando a través del cristal.

Un rostro humano que heló la sangre en las venas de Stirling.

Que le hizo parpadear tres veces en tres segundos.

Que le obligó a pensar que se estaba volviendo loco.

Porque el rostro era...

...¡Era el de la propia Marta Norman!...

CAPITULO VII

—¿Qué le pasa, amigo? ¿No quiere beber?

Stirling creyó despertar de una brusca pesadilla. Se estremeció, mientras se volvía.

El tipo que estaba tras él llevaba dos copas, una de las cuales le estaba ofreciendo. Stirling tuvo un estremecimiento porque le conocía. ¡Vaya si le conocía!

Era el ranchero Donovan.

De Tombstone.

Uno de los tres hombres de que Silversun había dicho que podía ser el propio Larry Fox, el sanguinario pistolero al que nadie había podido ver todavía.

Pero eso no era lo malo.

Lo malo era que Donovan también le conocía a él.

—¿Qué hace usted por aquí? —murmuró—. Ya sé que se largó de Tombstone. ¿Es que piensa establecerse como abogado en otro sitio?

—Pues... pues no, señor Donovan.

—Veo que viste como un vaquero.

—Eso es lo que soy ahora —reconoció sencillamente Stirling—, y lo que siempre me ha gustado ser.

—Hereford, el dueño de todo esto, me ha invitado para que vea unas reses, las cuales a lo mejor compro. ¿Y usted? ¿Por qué le ha invitado a usted? No sabía que fueran amigos,

—No lo somos —reconoció Stirling.

—¿Entonces qué hace aquí?

—Le confieso que es una cuestión de cara dura. Tenía interés en conocer al señor Hereford y me he plantado en su rancho

—Vaya, vaya...

—Espero que no vaya usted a decirlo por ahí, señor Donovan.

—Nada de eso. A mí los caraduras me caen simpáticos, ¿sabe? Le ayudaré diciendo que es usted un ranchero de Tombstone y que a lo mejor también compra reses. Verá qué pronto le ponen buena cara.

Y le llevó ante Hereford.

Hereford era un tío gordo y de mirada astuta.

Un negociante nato.

Stirling tuvo la sensación de que con los ojos le atravesaba las ropas y adivinaba que no llevaba ni un dólar.

—De modo que Jess Stirling, un ranchero de las cercanías... —dijo, cuando fueron presentados—. Vaya, hombre, vaya... ¡Qué distraído soy! No le había oído nombrar nunca.

—Es que soy nuevo.

—Estupendo.,. Entonces espero que le guste esto.

—Sí, señor Hereford.

—Beba, beba... Y vaya a la barbacoa si quiere. Los salones del rancho están a su disposición.

Aquello era lo que esperaba Stirling.

Poder moverse por allí.

Ahora ya estaba dentro.

E intentaría llegar, costara lo que costase, al sitio donde había creído ver aquella alucinante aparición.

Donovan susurró, mientras los dos bebían juntos:

—Tuvo usted un mal final en Tombstone, ¿eh, señor Stirling?

—No pudo ser peor —reconoció el joven.

—Eso inutiliza en gran parte su carrera de abogado No creo que la gente confíe sus intereses a un hombre que acaba de salir de presidio.

La frase era dura, casi cruel, pero el joven no le prestó demasiada atención.

Sólo pensaba en aquel rostro que había visto por unos momentos.

¡Aquel rostro llegado del otro mundo!

Ardía en deseos de quedarse solo para tratar de investigar y encontrar aquella habitación.

Pero el ranchero Donovan no le dejaba.

—¿Sabe quién más está aquí? —le preguntó a Stirling.

—¿Quién?

—Alguien que también le conoce, y que tal vez le meterá en un buen lío si le ve.

—¿Pero de quién se trata?

—Del prestamista Jekyll.

Jess Stirling palideció unos instantes.

Del prestamista Jekyll también le había dicho Silversun que podía ser el pistolero Larry Fox. Y estaba asimismo allí... ¡Demonios! Demasiadas casualidades...

—Confío en que no me vea —murmuró Stirling—, ¿Dónde está?

—Intrigando, como siempre. Ahora habla con alguien que le ha pedido un préstamo. Mire, allí, en aquel rincón están los dos.

Stirling miró hacia el sitio donde le indicaban y, efectivamente, vio a Jekyll hablando con un individuo que parecía muy apurado. Seguro que Jekyll le exigía unos intereses de aúpa. Stirling bebió poco a poco unas gotas de licor mientras pensaba que aquel maldito buitre no tenía el aspecto físico de un prestamista. No…, ¡qué iba a tenerlo! Hombre de anchas espaldas y de brazos largos, más parecía un luchador. Y también él podía ser el sanguinario Larry Fox, el salteador y asesino al que ninguno de sus hombres había llegado a conocer, porque se limitaba a dar las órdenes y a dirigir los golpes, permaneciendo siempre en la sombra.

El ranchero Donovan murmuró:

—Si ese cerdo de Jekyll le denuncia a usted no se preocupe. Ahora Hereford ya no le echará de su casa.

—Gracias por su ayuda.

Donovan hizo un gesto, alzó su copa y se alejó.

¡Por fin se alejó…!

Era la ocasión que Jess Stirling había estado esperando para investigar. Como quien no quiere la cosa, paseó entre los grupos mientras se acercaba a la puerta de la sala. Hizo una rápida finta y desapareció.

Vio un largo pasillo.

Todo el rancho de Hereford era elegante. Hasta las puertas del pasillo resultaban de gran categoría.

Stirling intentó calcular a cuál de ellas correspondía la habitación y la ventana que él había visto.

Dedujo que debía ser la cuarta puerta.

Y por ella se coló discretamente.

Se coló para encontrarse con… ¡con una mujer de primera categoría! ¡Con una mujer de narices!

Ella estaba sentada en la cama, medio vuelta de espaldas a la puerta.

—¿Pero por qué entras así, querido, como si fueras un fantasma? —musitó, mientras se quitaba una media.

CAPITULO VIII

Jess Stirling tragó saliva.

Bueno, quiso tragarla.

Porque la boca se le había quedado seca, completamente seca. ¿Y a quién no? Pruebe a ver una señora de tanta categoría, que además se está quitando las medías... ¡y verá cómo se le queda la boca!

Al fin el joven pudo susurrar:

—Me temo que yo no soy su «querido», señorita.

Ella se volvió de pronto.

Su cara reflejó sorpresa, casi estupor.

Pero la muy maldita no por eso se cubrió sus deliciosas piernas.

—¿Quién es usted? —barbotó.

—Me llamo Jess Stirling.

—Eso no me dice nada.

—Ya lo comprendo... Pero debe perdonarme. He entrado aqui por equivocación.

—Pues se ha equivocado muy bien, amigo. A mi me ha dado la sensación de que buscaba algo.

—Pues,..

—¿Tal vez una chica?

—Es.., es posible.

—Pues si esa chica soy yo, ha fallado todos los tiros, amigo. Soy la esposa de Hereford. Soy la esposa del dueño de la casa.

Jess Stirling parpadeó.

Había metido la pata del todo. Hasta el fondo.

—Lo siento —dijo—. De veras lo siento, pero en realidad yo no sabía ni que usted existiera. Buscaba a otra mujer.

—¿Qué mujer?

—Una chica de su misma edad más o menos. O quizá algo más joven que usted. Cabellos castaños, ojos azules y limpios... Y me ha parecido que llevaba un vestido negro.

—¿Cómo se llama?

—Marta Norman,

Al principio, a la hermosa mujer pareció no decirle nada aquel nombre.

Pero de pronto parpadeó.

Y palideció mientras decía:

—Oiga, está majareta, amigo.

—Ya sé lo que va a decirme.

—Voy a decirle lo que sabe todo el mundo: a Marta Norman la ahorcaron hace muy poco.

—Si.

—Pues entonces, amigo, vaya a verla al cementerio. ¿Quiere que le diga una cosa? Hacía años que no me encontraba con un chalado como usted.

—Comprendo que piense eso. Pero estaba seguro de haber visto su rostro a través de esta ventana. O tal vez era otra de este mismo lado de la casa. No sé. Hay momentos en que me parece vivir una pesadilla.

—Las otras habitaciones están cerradas con llave, señor Stirling, para que los curiosos como usted no se metan donde no les importa. Está usted en la única pieza habitada de este lado de la casa.

—Comprendo que me he equivocado… Lo siento, señora, créame. Tal vez estoy obsesionado por la muerte de esa pobre muchacha.

—Ahora que recuerdo… —ella alzó la mano levemente, mientras entrecerraba los ojos—. Jess Stirling… ¡Claro que sí! ¡Usted fue el abogado que defendió a Marta Norman! ¡Hasta hace poco todo el mundo hablaba de eso!

—La defendí con tanta brillantez que la condenaron a muerte —dijo humildemente Jess—. Pero no hablemos de eso… Y ahora le ruego que me perdone, señora. No volveré a cometer una equivocación semejante.

Y salió de allí.

Ella susurró:

—¡Oiga…!

Pero se quedó quieta, con la media en la mano, mirando anhelante hacia la puerta.

Jess Stirling comprendía que no podía seguir por aquel camino.

Se estaba volviendo loco.

De modo que resolvió largarse de Black Valley y olvidarse para siempre de Marta Norman. No sabía si eso iba a ser posible pero lo intentaría. Por lo pronto, en Black Valley no le iban a ver nunca más.

No se despidió de nadie.

Fue directamente al amarradero donde había los caballos de los invitados.

Desamarró el suyo y lo montó en silencio, dirigiéndose a la salida del rancho. Creyó que nadie le había visto, que nadie había notado su ausencia.

Pero se equivocaba de medio a medio.

Porque Hereford le había visto y había murmurado:

—Extrañó tipo...

Porque el ranchero Donovan le había visto y había murmurado:

—¿Qué buscará ese buitre?

Porque el prestamista Jekyll le había visto y había dicho para sí:

—Aquí hay algo que no me gusta...

Con todo aquello, Stirling se había convertido en un condenado a muerte, en alguien que pisaba terreno peligroso y al que convenía eliminar.

Pero él no lo sabía...

CAPITULO IX

Empezó a saberlo poco después de salir de allí, cuando atravesaba los prados bañados por la luz de la luna. Iba muy tranquilo a lomos de su caballo, pensando que no le acechaba ningún peligro. Por eso no notó que aquellos tres tipos le perseguían a poca distancia.

Dos de ellos quedaron algo atrás.

Y el otro se adelantó por una vaguada, para cortarle el camino.

Este era el que tenía que llamar la atención de Stirling, inmovilizándolo mientras los demás le ejecutaban. La trampa era perfecta, sobre todo para un hombre que no sospechaba nada.

Stirling vio aquel jinete aparecer, de pronto, a unas veinte yardas,

Salía de una vaguada que lo había tenido oculto hasta aquel mismo instante.

Stirling no receló nada hasta que lo vio saltar. Aquel tipo brincó de la silla al suelo y disparó instantáneamente con su revólver.

Tiró a matar.

Pero la distancia era algo grande para un hombre en movimiento, y además Stirling se había ladeado al notar la extraña maniobra del otro. La bala le rozó la cadera derecha.

Naturalmente, el joven no lo pensó ni un instante. Se arrojó a tierra y dio dos vueltas sobre sí mismo.

En sus manos apareció el Colt.

Siempre había vivido como un vaquero.

Las peleas eran su ambiente. Disparó dos veces y su enemigo tuvo que dar un salto hacia el vacío, mientras sentía junto a su cabeza el silbido mortífero del plomo.

Pero Stirling **no** pudo ver a los que venían detrás. Y lo peor era que aquellos tipos llevaban escopetas de cañones aserrados.

Con aquellas escopetas, que despedían auténticas nubes de metralla, se podía desintegrar a un ser humano. Bastaba apuntar en la dirección en que estaba el enemigo con la seguridad de hacer blanco, aunque no se tuviese buena puntería. La única desventaja para aquellos tipos era que unas escofietas así no permitían el tirar a

gran distancia.

Los jinetes se aproximaron.

El ruido de los cascos llenaba la noche.

Stirling había sido inmovilizado por el primer enemigo, que disparaba continuamente para obligarle a estarse quieto. Mientras tanto, los otros dos se aproximaban al galope.

Iban colgados de un lado de sus caballos.

Stirling lanzó una maldición.

Se revolvió como un gato mientras sus brazos dibujaban una semicircunferencia.

Y al final de los brazos estaba el revólver. Un seco chasquido estremeció la noche, mientras una llamarada color naranja rasgaba las tinieblas.

Uno de los jinetes sintió de pronto una cosa muy extraña.

El caballo seguía adelante, pero él se quedaba clavado en el sitio. ¡Se quedaba como clavado en el aire! No se dio cuenta de que la bala le había desclavado de la silla y le había hecho quedar suspendido antes de estrellarse contra el suelo. La escopeta se le disparó en el instante en que su cara se hundía en el polvo. Una nube de metralla arañó inútilmente las entrañas de la noche.

El otro jinete hizo una finta.

No quería arriesgarse a que le pasara lo mismo. Y disparó con uno de los cañones mientras se ladeaba aún más.

La metralla picoteó la tierra junto al lugar en que estaba Stirling. La descarga había sido hecha desde demasiada distancia y con el caballo encabritado. Eso salvó al joven. Este dio otra vuelta sobre sí mismo, chocó contra una piedra y disparó.

Su enemigo hizo otra finta al ver la llamarada. Gracias a haber adivinado la dirección de la bala y a su agilidad casi inverosímil, logró esquivar el mortífero impacto, pero en cambio cayó del caballo. Entonces intentó huir.

Stirling no iba a permitírselo.

Disparó de nuevo, aunque sólo lo veta confusamente. Y oyó entonces un salvaje alarido mientras el rifle saltaba por los aires.

El primer enemigo, el que le había fijado sobre el terreno, se dio cuenta de que las cosas habían cambiado en menos de un minuto. Dejando la parte principal de la acción a sus compañeros, él no se había preocupado de buscar un buen sitio para tirar a matar. Su

misión consistía en fijar sobre el terreno a la víctima, y eso ya lo había hecho.

Intentó escabullirse entre las sombras, sabiendo que Stirling no le alcanzaría del mismo modo que él no había podido alcanzarle a su vez. Y corrió como un gamo buscando su caballo, que estaba en la vaguada.

De pronto la vio.

Era aquella mujer.

Era aquel rostro de mirada suave, helada, burlona ..

No supo por qué, pero lo adivinó. Lanzó un gruñido mientras alzaba el revólver.

No pudo ponerlo ni en línea de tiro.

De pronto la detonación le hizo tambalearse. Dio una vuelta sobre sí mismo mientras soltaba el Colt. Stirling estaba atónito.

Gracias a la luz de la luna, había visto caer a su enemigo. Y vio también algo más.

La chica se había puesto las medias otra vez, la muy condenada. Con ellas, las piernas resultaban aún más tentadoras. Llevaba la falda muy cortita y avanzaba poco a poco, balanceando el revólver.

El joven se había puesto en pie.

No se daba cuenta de que estaba pálido.

En realidad no entendía una palabra de todo aquel maldito asunto.

Ella preguntó tranquilamente:

—¿Sorprendido…?

—No sé qué decirle, señora…, señora Hereford. O quizá le diría tantas cosas que usted me atizaría con el revólver en la cabeza.

—No hace falta que las diga. Basta darse cuenta del modo cómo me mira las piernas.

—¿Qué hace aquí?

—Le estaba buscando.

—¿Usted a mí? ¿Y con un revólver, señora Hereford?

—Llámeme Cintia. Lo de «señora Hereford» me hace vieja. Y lo que se dice vieja, vieja una no lo es, ¿verdad?

Dio una rápida vuelta sobre sí misma.

La falda se arremolinó en las alturas.

Y Stirling por poco pega un brinco, porque… Bueno, aquello era como para subirse a un bisonte en marcha.

—Cintia —murmuró, después de tensar las mandíbulas—, usted no ha venido aquí sólo para demostrarme lo bonitas que tiene las piernas. Hay algo más, y le ruego que me lo diga. ¿Para qué quería buscarme? ¿Y por qué lleva un revólver?

—El revólver lo llevo siempre que salgo de la zona iluminada del rancho. Es una medida de prudencia, ¿sabe? En cuanto a la necesidad de verle, Viene de que me ha dejado muy preocupada lo que me ha dicho antes, de aquella muchacha, de Marta Norman.

Stirling sintió que se le secaba otra vez la boca.

—¿Qué quiere decir...?

—Sólo que yo también la he visto. No, no se sorprenda... Era exactamente tal como usted la describió. Cabello color castaño, ojos azules e inocentes... Paseaba entre los invitados, como una sombra. Fui a dirigirme a ella y de pronto me di cuenta de que había desaparecido. Pregunté a mi marido, el ranchero Hereford, si había invitado a una chica de aquella clase. ¿Y qué diablos va a invitar? La busqué por todas partes, pero ya no estaba. Entonces quedé tan trastornada que... que vine a buscarle a usted.

Stirling se pasó el dorso de la mano por la boca.

Y notó que aquella mano le temblaba.

El había sido siempre un hombre muy sereno, pero ahora estaba a punto de no serlo. Mientras procuraba sonreír, preguntó:

—¿Alguien más la ha visto?

—Tengo la sensación de que si. He preguntado a algunos invita dos y varios de ellos me han dicho que sí, que, en efecto, habían visto a una chica de esa clase

—No sé si se da cuenta de la importancia que puede eso tener, Cintia.

—Me .doy cuenta de que es sencillamente absurdo, aunque debe haber una explicación: una mujer que se parezca bastante a Marta Norman. Una chica guapa y joven, con cabello castaño y ojos azules no es tan difícil de encontrar. Yo creo que todo obedece a una tremenda confusión, pero he querido que usted lo supiera para que no pensase que está loco Le confieso que me dejó bastante preocupada.

—Gracias, Cintia. Le confieso que quizá nunca he conocido a una mujer como usted.

—Ni yo a un tipo tan preocupado como usted, Stirling,

Dígame; ¿por qué han tratado de matarle? Esa si que ha sido una buena sorpresa…

—En realidad no lo entiendo —musitó el joven—, No me he metido con nadie.

—¿Tratarían de robarle?

—No llevo un dólar,

—Pues, entonces, hay algo aquí, Stirling, algo que ni usted ni yo podemos explicarnos.

—Tal vez tendría sentido si usted conociera a estos tipos. ¿Los conoce?

Ella miró el cadáver que tenía casi a sus pies. Hizo un gesto negativo.

—Ni idea —dijo—, pero tiene la pinta de un verdadero pistolero a sueldo.

Stirling reconoció que así era.

Alguien había movilizado a toda prisa a unos asesinos para matarle. ¿Pero quién? Y sobre todo, ¿por qué?

—Más vale que se vaya —susurró ella—. Váyase de Black Valley y no vuelva más, Stirling.

—Eso pensaba hacer, pero ahora me costara más trabajo.

—¿Por qué?

Stirling señalaba hacia las torneadas rodillas de la chica.

—Si es por mis piernas, le juro que me pondré de ahora en adelante unos pantalones así de anchos. ¡Para que no vuelva a verlas más, maldita sea!

Stirling susurró:

—Las imaginaré y aún será peor, nena.

Y se largó tan tranquilo.

Bueno, tan tranquilo, no.

Entre piernas torneadas y balas ululantes, estaba que se mareaba.

CAPITULO X

Los dos individuos estaban despachando una botella de whisky al lado de su maldito ataúd. Y los dos se levantaron y pusieron cara de conejo al ver a Stirling aparecer por allí.

—¡Ejem! ¡Hola! —dijo Pineas.

—¡Ujum! ¡Hola! —dijo Stirling.

—Veo que seguís con vuestro condenado ataúd.

—¿Y qué quiere que hagamos? Vivimos de eso —dijo Pineas.

—Bueno, intentamos vivir —rectificó Simmons. Y añadió—: ¿Qué? ¿Ha ido a la fiestecita de Hereford?

—Sí. sí que he ido.

—¿Y qué?

—Han intentado matarme.

—¿Lo ves? —dijo Pineas—, Cada vez se pone más difícil eso de colarse en las fiestas.

—Maldita sea —gruñó Stirling—, No se trata de eso. Los que han intentado matarme eran unos desconocidos. ¿Habéis visto a algún grupo de pistoleros profesionales por aquí? ¿Alguna pandilla de esas que van buscando trabajo bien pagado?

—No —dijo Pineas—, pero hemos visto otra cosa.

—¿Qué?

—Los dos fulanos bien vestidos que traían aquel carromato.

Stirling sintió que sus pies se separaban del suelo.

—¿Dónde?

Sabía que todo aquello era absurdo y que además no haría sino aumentar su dolor, pero barbotó:

—En lo que antes era una sala de juego llamada Paz y en la que aseguran que la guerra no paraba. Había muertos cada noche... Bueno, pues los dos descansan ahí. Me han dado la sensación de que pensaban largarse en seguida.

—No se largarán sin que yo les vea antes —gruñó Stirling.

Y salió.

Sabía dónde estaba aquel antro llamado Paz.

Lo había visto a la entrada de la semidesierta ciudad, cuando llegó a Black Valley.

De modo que se dirigió hacia allí.

Atravesó la puerta.

Había una gran sala destartalada con las lámparas encendidas. Y en esa sala, sentados en un diván despanzurrado, se hallaban dos hombres jóvenes, bastante mejor vestidos de lo que se estilaba por allí.

Uno de ellos avanzó hacia Stirling.

Tenía una sonrisita de suficiencia.

—Amigo —dijo—, ¿qué busca?

Stirling masculló:

—¡Esto!

Comprendió que no debía haberlo hecho, pero lo hizo. Una fuerza ciega le guió. El caso fue que unos segundos después, el tipo de la risita de suficiencia volaba hacia el otro lado de la pieza con la sensación de que toda su dentadura había sido medía vuelta.

El otro se había levantado del diván. Fue a sacar un Derringer, pero Stirling le cortó en seco poniendo la derecha sobre el revólver.

—Ojo, amigo.

—¿Quién es usted?

—Alguien a quien le dais asco.

—Pero..., ¿por qué?

—Es difícil de explicar. Porque habéis puesto vuestras sucias manos sobre una chica a la que yo quería. Porque la habéis despedazado.

—¡Cuerno! Tú te refieres a Marta Norman.

—Sí.

—Bueno... No hay para tanto, compadre. Ella estaba muerta.

—Pero vosotros no habéis respetado ni su último descanso. ¡Vosotros la habéis convertido en algo deshonroso y sucio, en algo que no tiene nombre!

—Verás... Todas las cosas de la muerte son.... son deshonrosas y sucias, según como se mire... Pero nosotros estudiamos Medicina. La ciencia tiene que avanzar, ¿no? Y no se puede estudiar anatomía sin tener a mano algún muerto. No creas que a nosotros nos hizo gracia llevarnos a esa chica, pero no había otra.

Stirling hizo un gesto de impotencia.

Todo aquello era terrible.

Pero tenían razón.

No habían hecho con el cuerpo de la pobre Marta nada que legalmente no se pudiera hacer.

—Lo que no comprendo —dijo— es cómo habéis podido trabajar con un cadáver que se descomponía.

Uno de los dos individuos murmuró:

—Estamos acostumbrados. Pero además, fuimos tirando los peores trozos.

—Esa frase no me ha gustado ni pizca —murmuró Stirling, mientras rechinaba los dientes.

—No hacemos más que decirte la verdad.

—De acuerdo. Tenéis razón. ¿Pero dónde habéis enterrado los últimos restos?

—Si te refieres a la cabeza, está ahí fuera. A pocos pasos. Hay un pedazo de tierra removida detrás de la casa.

El joven no contestó.

Sus facciones estaban lívidas.

Salió y fue directamente al sitio que le indicaban.

En efecto, había un poco de tierra removida.

Nada más.

Allí estaba lo último que quedaba de Marta. Lo último que quedaba de los ojos dulces, de las facciones serenas, de los labios tentadores de Marta.

Jess Stirling sintió un vacío en el pecho.

Hay momentos en que la muerte resulta terriblemente difícil de admitir. Y mucho más aún lo que hay detrás de la muerte.

De pronto, el joven sintió un roce a su espalda.

Se volvió.

Lo que ocurrió entonces le recordó extraordinariamente a lo que había ocurrido en casa de Hereford, cuando el ranchero Donovan le ofreció una copa. Ahora el que estaba detrás de él era uno de los dos estudiantes. Le mostraba una botella.

—Lo siento, amigo —murmuró—. Debe ser terrible, si usted la quería.

—No sé por qué, pero la quería con locura. Aprendí a amarla en el juicio, cuando supe que iban a condenarla a muerte.

—En ese caso, lo mejor es olvidar. Aquí tiene el remedio. Beba un trago. Beba...

—¡Maldita sea! ¡Es lo más razonable que me han dicho este año! —barbotó el joven.

Y levantó la botella.

Aquel whisky era un producto de todos los demonios.

Estaba hecho de alcohol puro, mezclado con picadura de tabaco y pipí de bisonte.

Pero al menos ayudaba a olvidar. Stirling se puso a beber como un pirata. Estuvo bebiendo hasta que el otro masculló:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Qué somos estudiantes pobres y el whisky lo pagamos a plazos!

—Lo siento, amigo, ya te compraré otra botella.

—No te preocupes; hay más dentro. Hemos descubierto un pequeño sector de la bodega de La Paz, donde se olvidaron algunas botellas.

El joven entró de nuevo en la antigua sala de juego. En efecto, había varias botellas allí. Tomó la primera que se puso a su alcance y siguió bebiendo.

Quería olvidar.

Quería embrutecerse, quería emborracharse como un hombre que ha perdido la esperanza y no tiene nada en qué creer.

No supo cómo le había ocurrido.

No supo si había pasado poco tiempo o mucho, pero de pronto todo empezó a dar vueltas en torno suyo. La habitación giraba, giraban las mesas, giraban las caras de los dos estudiantes...

Stirling se desplomó.

Chocó de cabeza contra una de las paredes y perdió el sentido.

Tampoco supo cuánto tiempo había estado así. Pero de pronto le pareció que sonaba el piano, un piano viejo y melancólico, cubierto de polvo y de telarañas, que él había visto a un lado del local. Levantó la cabeza aturdido, pensando que uno de los estudiantes se divertía con eso.

Maldito sitio .para tocar el piano.

—Cállate... —dijo bruscamente—. ¡Cállate!

Pero su cabeza parecía ir a estallar. Apenas veía nada. Lanzó otro gruñido y entonces se dio cuenta de que la música acababa de cesar.

Levantó de nuevo la cabeza.

Y sus ojos se abrieron y cerraron tantas veces en tan pocos segundos, que hasta los párpados le hicieron daño.

¿Tan borracho estaba?

Lo veía todo a través de una neblina, pero la persona que había estado tocando el piano no era uno de los estudiantes. Era... ¡era la propia Marta!

La veía allí, junto a las teclas, tal como la vio en la ventana del rancho de Hereford... La veía allí con su vestido de seda negra, con sus cabellos castaños, sus ojos dulces y sus labios gordezuelos y sensuales. La veía como la imaginó en sus noches de insomnio..., ¡pero ahora estaba a media docena de pasos de él!

Stirling levantó más la cabeza.

Hubiese jurado que ella le sonreía.

Intentó ponerse en pie y estaba a punto de conseguirlo cuando sus pies cedieron. Resbaló y chocó con un mueble. Otra vez su cerebro se cubrió de espesa niebla.

Tampoco supo cuánto tiempo había estado así. Pero debió ser mucho, porque cuando abrió los ojos de nuevo, ya había luz en la sala Había amanecido Notó que no había despertado por casualidad, sino porque alguien le acababa de lanzar agua a la cabeza.

Barbotó:

—Basta...

—Eso digo yo —murmuró uno de los estudiantes—. Basta. ¡Menuda borrachera has pillado, amigo!

—Lo he hecho a propósito. No podía más...

Stirling pudo ponerse en pie. Se sentía ya algo mejor, aunque estaba terriblemente mareado.

Y de pronto vio el destartalado piano.

Tenía la tapa alzada.

La visión de Marta tocando aquellas teclas fue tan viva para él, que barbotó:

—¿Habéis estado aquí?

—No. Nosotros bebíamos fuera.

—¿Habéis oído el piano?

—¿Qué piano? ¿De qué hablas?

—De ese viejo cacharro que veis ahí.

—Qué cuerno vamos a oír... —masculló uno de los dos estudiantes.

—Pues yo diría que... —susurró el otro.

Stirling le miró ansiosamente.

—¿Qué?

—Nada, nada... Estábamos también medio borrachos, pero yo no estoy seguro como mi amigo George. Yo diría que quizá sí que he oído una canción.

—Tú estás borracho, Oscar,

—Ya sé que lo estoy, pero no tanto como para que se me tapen los oídos.

—Está bien... Para ti la razón, pedazo de imbécil. Alguien ha hecho sonar ese viejo piano que ya no tiene ni cuerdas. ¿Y qué?

Stirling balbució:

—Lo malo es que... estoy seguro de algo que no tiene sentido. Ella incluso me ha sonreído.

—¿Ella? ¿Quién?

—Marta Norman.

George hizo un gesto de aburrimiento.

—He visto muchos majaretas, amigo, pero como tú ninguno.

¡Marta está muerta! ¡Más que muerta! ¡Despedazada! ¡Nosotros mismos enterramos su cabeza ahí fuera!

—¡No sigáis por ese camino u os parto la cara! —barbotó Stirling.

—De acuerdo, de acuerdo... ¡No te pongas así! ¡Ahora te convencerás de que no ha podido sonar ese piano! ¡Nosotros lo probamos y no sonaba antes! Tenía las cuerdas rotas!

Mientras hablaba, puso las manos sobre el teclado.

—¡Convéncete! —dijo.

Y en aquel momento su rostro palideció mortalmente.

Porque el sonoro «cloooong» había llenado la sala.

¡El piano funcionaba!

CAPITULO XI

—Yo te diré lo que vamos a hacer, George —masculló Oscar —. Nos vamos a largar de aquí como alma que lleva el diablo, al fin y al cabo nada tenemos que hacer ya en esta condenada ciudad. No sé por qué nos hemos parado aquí. ¡Nos largamos y no paramos hasta que nuestros tobillos se mojen con las aguas del mar! ¡No paramos hasta las costas de Luisiana!

—Creo que tienes razón, Oscar.

—Pues prepara los caballos.

Stirling, que apenas había salido aún de su asombro, asistía en silencio al diálogo de aquellos dos hombres. Había podido ponerse un cigarro en los labios sin que aquellos tipos estaban más asustados que él. ¿Pero asustados por qué? ¿Es que ellos también creían en la resurrección de Marta?

Susurró:

—Cualquiera diría que tenéis miedo.

—Es que ya no teníamos que habernos parado aquí, qué demonio.

—¿Por qué no?

—Tú no conoces esta tierra.

Stirling cabeceó.

—Confieso que no —dijo.

—Pues te advierto que si en algún sitio del Oeste han resucitado docenas de personas,.., ¡ha sido aquí!

—¿De dónde diablos sale esa historia?

—¿Historia? No lo digas en sentido peyorativo. Se trata de una historia que es pura verdad. Cuando aquí las personas murieron como chinches porque se dijo que las aguas estaban envenenadas, resucitaron docenas de ellas. ¡Andaban por las calles! ¿Por qué crees que la gente se largaba de estampida? ¡Estaba aterrorizada! ¡Y ahora nos damos cuenta de que tenían razón!

Stirling sintió que en sus sienes nacían unas gotitas de sudor helado.

No, él no tenía miedo.

¿Cómo iba a tener miedo de Marta, de la única mujer a la que había amado, la mujer a la que vio morir.

Pero todo aquello era tan increíble que le deshacía los nervios.

George barbotó:

—Te juro que todo esto lo sabrán dentro de diez minutos todas las personas que quedan en la ciudad.

Y salieron.

Stirling no les detuvo.

Tampoco le quedaba voz para hacerlo.

Como un sonámbulo, se dirigió a la casucha donde estaban Pineas y Simmons. Pero apenas poner los pies allí, vio con sorpresa que los dos tipos, el gordo y el flaco, también se disponían a largarse.

Stirling les detuvo.

—¿Qué pasa?

—Casi nada. Que…, que hemos visto pasar esta noche a una mujer por delante de la puerta…

—¿Una mujer? Bueno, eso no tiene nada de extraño. Hay algunas aquí —musitó Stirling, sintiendo sin embargo que empezaban a temblar sus labios.

—Es que de esa mujer nos habían hablado. Es una a la que ahorcaron en Tombstone. Todo correspondía.

—¿Y…, y por qué creéis que puede ser ella?

Pineas puso los brazos en jarras.

Simmons se adelantó un paso.

Dio un tremendo golpe en el suelo con su bota derecha, mientras se le bamboleaba la tripa.

—¡En esta tierra han resucitado , docenas de personas! ¡Todo el mundo lo sabe! —gritó—. ¿Tú qué dices, Pineas?

—Na…, nada.

—¡Los muertos andaban por las calles y por eso la gente se largaba! ¿Tú qué dices, Pineas?

—Na…, nada.

—¡Este es el único sitio del Oeste donde han ocurrido cosas tan siniestras! ¡Y nosotros no queremos quedarnos aquí! ¡Vivimos del truco del muerto, pero tenemos miedo! Miedo. ¿Tú qué dices, Pineas?

—Na..., nada.

—¡Cuerno, tú nunca dices nada!

—¡Es que si digo todo lo que tengo en la lengua te vas a marear! ¡Me estás pisando un callo, so bestia!

Simmons movió la tripa y apartó la pata.

—Haberlo dicho antes —gruñó—. Bueno, el caso es que nos largamos.

Cargaron el ataúd.

Fueron a sacarlo.

Y en aquel momento, Pineas balbució:

—O... o... o... oye...

Simmons estaba diciendo lo mismo.

—O... o... o... oye...

—¿Qué... qué... qué te pasa?

—¿Y... y... y... y a ti?

—Pues que esto...

—Esto...

—¡Esto pesa! ¡Hay alguien dentro!

Y soltaron el ataúd como si éste les quemara en las manos. El ataúd cayó sordamente al suelo, pero estaba tan bien construido que no se rompió.

Stirling no perdió un instante. Bruscamente se inclinó sobre la fúnebre caja. Alzó la tapa.

Y de pronto lanzó un grito de sorpresa, una especie de grito visceral que pareció ir a romperle la garganta.

Porque dentro estaba...

...¡Estaba Marta!

CAPITULO XII

Todo sucedió como en esos sueños malditos en que uno ve las cosas con perfecta claridad, pero de pronto esas cosas se cortan y ya no se ve nada. Todo sucedió como suceden las cosas en el fondo de las borracheras más tremendas. Stirling vio a Marta, vio sus ojos cerrados, sus labios rojos..., y de pronto ¡sonó aquel disparo!

La bala le peinó materialmente la cabeza.

Era una bala de rifle que acabó estrellándose en la pared frontera, muy cerca del ataúd, el joven se volvió, llevando la derecha al revólver.

Pineas y Simmons ya brincaban como gatos, tratando de alejarse de allí.

Pero ocurría algo sorprendente.

Pineas, el flaco, se protegía detrás de Simmons, el gordo, de modo que éste le sirviera de parapeto.

Iba colgado de los faldones de su levita.

Simmons maldecía:

—¡Suéltame, bestia! ¡No me dejas correr!

Y Pineas gritaba:

—¡No corras tanto, animal! ¡No me dejas agarrarme!

En un santiamén desaparecieron, mientras Stirling se pegaba a la puerta. Hizo dos disparos desde un lado de ésta, aunque no veía a su enemigo.

Otra bala de rifle rasgó el aire.

El joven disparó hacía la dirección del sonido.

No podía mirar el ataúd, porque estaba demasiado preocupado con la muerte que tenía delante. Pero los disparos le impidieron oír también los pasos que sonaron a su espalda.

Bruscamente, sintió un terrible golpe en el cráneo.

Como si se lo hubieran hundido...

Cayó de bruces y todo delante de sus ojos se convirtió en una especie de gelatina gris, espesa, amarga... Todo se convirtió en una especie de nube entre la que se hundió, perdiendo el conocimiento.

* * *

Cuando lo recobró, estaba apoyado en una de las paredes del mismo lugar, sentado a medias en el suelo y con las manos sobre las rodillas. Un poco de sangre corría por su cabeza. Lo veía todo nublado, pero sin embargo pudo darse cuenta de que el ataúd estaba allí… completamente vacío.

Ante él vio las piernas de alguien que estaba en pie y por lo tanto miraba desde arriba.

Tenía que ser el que le había golpeado, o quizá el que disparó con el rifle.

Stirling levantó la cabeza, pestañeando para verle mejor, y de pronto todo su cuerpo sufrió una sacudida, mientras de su cabeza escapaba un grito de rabia.

Porque el tipo que ahora estaba ante él era… ¡el verdugo Barry!

CAPITULO XIII

Stirling se puso en pie.

Todo daba vueltas en torno suyo, pero se puso en pie.

Sus nudillos crujieron. Sus ojos llamearon mirando al hombre que había matado a Marta.

Fue a lanzarse contra él.

Pero Barry le dio un puntapié en el estómago.

Stirling se encogió de nuevo contra la pared, mientras el dolor le cortaba la respiración.

Barry masculló.

—En la cárcel demostraste que estabas loco. ¡Pero si hubiese alguna duda sólo faltaba lo de ahora!

Los labios de Stirling goteaban de sangre.

Farfulló:

—Según tú, perro..., ¿qué..., qué es lo que pasa?

—Dijiste anoche que habías visto a Marta. Se lo dijiste a la señora de Hereford.

—Sí que se lo dije.

—Y ahora ella lo va pregonando por ahí. La noticia ha dado la vuelta a Black Valley e incluso ha salido de esta maldita ciudad. Tanto, que yo pasaba con dos de mis hombres por las cercanías y me he enterado. ¡Sólo me ha faltado saber que tú, maldito buitre, estabas aquí!

Stirling le miró con desafío.

—Bueno, ¿y no puedo estar donde me dé la gana?

—Lo que no puedes es desprestigiarme.

—No veo. en qué demonios te be podido desprestigiar, Barry, cerdo asqueroso...

—Los muertos que yo mato bien muertos están.

—No acabo de entenderte,

—Pues es sencillo. Es la primera vez en mi vida que alguien a quien yo he puesto en la horca no la ha diñado con toda urgencia, como marcan las leyes... Eso me desprestigia. Pone en tela de juicio mi capacidad como verdugo.

—De la cual debes sentirte muy orgulloso, ¿verdad, sapo?

—¡Es mi oficio! ¡Y yo sé que lo hago bien!
—¡Y tan bien! ¡Hay que ver lo que disfrutas!
—¡El rumor que tú has propalado puede estropear mi porvenir! ¡Sé que lo has hecho por eso!
Las mandíbulas de Stirling produjeron un chirrido.
Gritó:
—¡Basta!
Todo aquel tiempo había deseado echarse a Barry delante de las narices. Y ahora lo tenía, qué demonios. Ahora Barry estaba allí, mirándole con su cara de mula… que él iba a convertir en seguida en un amasijo de tiras de piel, teñidas en sangre.
Fue a lanzarse.
Gritó:
—¡A él!
Sus dos hombres se movieron al mismo tiempo.
Uno vino por la derecha, otro por la izquierda.
El de la derecha llegó antes.
Peor para él.
Su mandíbula pareció saltar en pedazos al entrar en contacto con el puño de Stirling. Se oyó un rugido y entonces el otro, el de la izquierda, llegó al final del trayecto.
Llevaba los puños por delante.
Pero Stirling había tenido tiempo ya de flexionar la cintura y de hacerle frente. Le detuvo con un corto al estómago y levantó la derecha con la fuerza de una catapulta. La segunda mandíbula fue a hacer compañía a la primera. El gancho había sido de los que quitan el dolor de muelas a una ballena.
Ahora sólo quedaba Barry.
Pero Barry estaba armado ahora de una barra de hierro. Y la descargó sin piedad contra la cintura de Stirling.
Este sintió como si los riñones le fueran a salir por las orejas.
Uno por cada una.
Vaciló y entonces Barry propinó el segundo golpe. La barra se estrelló contra las costillas de Stirling. Este jadeó, sintiendo que se ahogaba y chocó contra la pared.
Los dos hombres se habían levantado, entretanto. Se disponían a atacar con sus puños.

Pero Barry gritó:
—¡Ya tiene bastante para acordarse de raí! ¡Algún día le veré en la horca! ¡Vamos!
Los tres corrieron hacia la salida.
Y Stirling se desplomó.
Se desplomó justamente sobre el ataúd donde había visto a Marta…

CAPITULO XIV

Mientras se incorporaba, lo miró con aprensión, como si fuera un objeto milagroso. Pero se dio cuenta entonces de que el ataúd estaba vacío. Incluso el doble fondo se notaba claramente. Aquel ataúd no pasaba de ser un truco vulgar, si uno lo miraba de cerca. Pero para Stirling era como si allí estuviese el principio y el fin del mundo.

Lo palpó.

No había nada.

Seguro que acababa de sufrir otra alucinación,

¡Pero no podía ser! ¡El lo había visto! ¡Y además, Pineas y Simmons se quejaron de que el ataúd pesaba!

Tambaleándose, Stirling se puso en pie.

Ni siquiera pensó en perseguir a Barry, la persona a la que más odiaba en este mundo.

Se sujetó la cintura, que le dolía terriblemente. Respiró hondo y se acercó a la puerta.

El día era claro y hermoso.

No era un día para pesadillas. Y sin embargo, él la había tenido... El vivía ahora en una especie de niebla dónde los fantasmas le estrechaban más cada vez.

No se veía a nadie.

Ni a los dos estudiantes de medicina ni a los dos dueños del ataúd. Tampoco ningún habitante de Black Valley aparecía por allí. Por encima de las montañas que caían a pico sobre las casa, empezaban a insinuarse algunos nubarrones.

Stirling fue a recuperar su caballo.

Quería ir otra vez al rancho de Hereford. Quería hablar con Cintia, por si ella sabía algo más.

Pero en aquel momento oyó el rumor de los caballos.

Era un rumor vulgar, muy bien conocido, y que sin embargo en aquella ocasión helaba la sangre en las venas.

Stirling obró maquinalmente.

Completó la carga de su revólver.

Porque no tenía duda de que venían a por él. Estaba seguro

de que iban a intentar matarle otra vez.

Saltó detrás de una gran mesa que ocupaba el centro de la habitación En ese momento el rumor de los cascos lo llenaba todo. Stirling calculó que al menos serian ocho jinetes.

El primero de ellos entró con el rifle en la cadera, saltando de costado y disparando a mansalva.

Stirling hizo fuego a su vez.

Lo despachó del primer balado.

Pero la fiesta no había hecho más que empezar. El joven oyó pisadas en el techo.

¡iban a entrar por la claraboya!

En el momento en que miraba, dos hombres más saltaron hacia la puerta. Y sus rifles de cañón corto, cargados con postas, escupieron hacia Stirling una nube de metralla.

CAPITULO XV

La mesa tras la que se había cobijado demostró ser de una solidez excepcional; demostró ser la coraza de una pieza de artillería. Quedó destrozada, pero absorbió toda la nube de metralla que iba dirigida contra Stirling, sin que éste sufriera daño alguno.

Lo que sucedió a continuación fue cosa de un par de segundos El hombre que estaba en la puerta no llegó ni a verlo.

Jess Stirling había patinado por el suelo.

Se desplazaba hacia la pared con la rapidez del que resbala por un pista de hielo.

Mientras se desplazaba, disparó su Colt.

El tipo que aún sostenía el rifle en las manos recibió el plomo en la mandíbula. Cayó hacia atrás, mientras junto a la puerta aparecía otro de sus compañeros.

Pero Stirling no pudo prestarle demasiada atención

Alguien estaba ya en la claraboya.

El joven disparó desde el suelo, girando cara al techo con una rapidez instantánea. Las balas atravesaron la claraboya y el tipo que estaba arriba acabó de romperla. Se precipitó casi sobre el ataúd con un estrépito de mil diablos.

Se oyó un grito en la calle.

—¡Cuidado! ¡Gonard acaba de morir!

Otro tipo que corría por el tejado se arrepintió instantáneamente. Deshizo el camino y terminó saltando a la calle.

Jess Stirling se defendía mejor de la que esperaban.

El joven comprendió que ahora, durante unos breves segundos, tendría la suerte a su favor. Sus enemigos estaban desconcertados. Si él atacaba, podría hacer entre ellos una escabechina, antes de que se dieran cuenta.

Saltó hacia la ventana.

No había más que una en aquel lado, y apenas hubo rozado el alféizar, Stirling se puso a hacer fuego. Un hombre que atravesaba la calle para tomar posiciones, se detuvo de repente

y cayó con los brazos en alto, mientras una mancha escarlata se dibujaba en su frente.

Stirling se retiró inmediatamente de allí.

Hizo bien.

Otra nube de metralla se abatió contra aquella ventana. Si llega a permanecer dos segundos más en el mismo sitio, le vuelan la cabeza.

Mientras volvía a patinar por el suelo, el joven casi tropezó con el cadáver del hombre que había caído desde la claraboya. Este sostenía entre sus brazos agarrotados una escopeta de dos cañones.

Stirling tuvo el tiempo justo de sujetarla y girar el arma hacia la puerta, con una sola mano.

Disparó los dos gatillos a la vez.

La andanada fue mortífera.

Fue una auténtica nube de fuego y metralla que por unos instantes tapó la luz del sol.

Desaparecieron materialmente.

Stirling mismo, tuvo que cerrar los ojos ante los efectos demoledores de la metralla.

Entonces oyó varios gritos y maldiciones en el exterior. E inmediatamente, otra vez el ruido de los cascos de los caballos. Pero ahora era distinto, porque sus enemigos no se aproximaban, sino que huían.

Stirling se asomó a la puerta. Vio a varios caballos desensillados, mientras al final de la calle los fugitivos dejaban una nube de polvo. Con la mirada intentó buscar a un hombre que estuviera solamente herido, pero no lo encontró.

Los efectos del plomo habían sido mortíferos.

De todos aquellos desconocidos que yacían en la calle, no podría sacar ya una sola palabra.

Con movimientos maquinales recargó el revólver y se dirigió al saloon para ir en busca de su caballo. En la ciudad semiabandonada todo volvía a ser silencio. O los escasos habitantes estaban fuera o se habían escondido al oír las primeras detonaciones.

Apenas había doblado la primera esquina cuando oyó un resoplido en el tejado del porche.

Vio a Simmons, muerto de miedo, colgado de aquel tejado.

Y a Pineas, muerto de miedo, colgado de Simmons.

El gordo farfulló:

—¿Los… ha liquidado a todos, Jess?

—No. Sólo a unos cuantos. Pero aún no puedo creer que ellos no me hayan liquidado a mí.

Simmons se descolgó del tejado.

Cayó al suelo lanzando una maldición.

Y Pineas lanzó dos maldiciones.

Porque Simmons había caído encima suyo.

Simmons gruñó, mientras se ponía en pie y se sacudía las ropas:

—Esos tipos no eran demasiado expertos. Yo les he visto desplegarse desde aquí. Se notaba que nunca habían trabajado juntos.

—¿Supone que eran pistoleros a los que alguien contrató a última hora? —preguntó Stirling.

Pineas se sacudió las ropas también, mientras murmuraba:

—No me cabe ninguna duda.

—Eso significa que soy un peligro para alguien, ¿no? —preguntó Stirling—. ¿Pero para quién?

—Yo diría que para Larry Fox —dijo tranquilamente Simmons.

—¿Cómo…?

—Sí, para Larry Fox. En realidad nadie sabe quién es ese tipo.

—Puede ser varias personas —dijo pensativamente Stirling— Silversun, el abogado para quien trabajé, me dijo que podía ser él mismo. También puede serlo Hereford, el ranchero que se ha enriquecido nadie sabe cómo. O el ranchero Donovan. O el prestamista Jekyll. O el ranchero Borden, un individuo de Tombstone cuya fortuna todavía no está ciara.

Los dos hombres, el gordo y el flaco, asintieron mientras él hablaba.

—En efecto, podría ser por ejemplo cualquier tipo de ésos —murmuró Simmons—. O incluso otra persona. Pero todos esos tipos son muy sospechosos, incluido el abogado Silversun.

—De Silversun respondo yo —dijo bruscamente Stirling.

—Je, je… Acostúmbrese a no responder por nadie, amigo. Puede llevarse sorpresas que no le gustarán. Pero supongamos que no se trate de Silversun. Queda una bonita colección de personajes, ¿no? Queda Hereford, que no es grano de anís; quedan los rancheros Donovan y Borden; y queda ese cerdo de Jekyll, el prestamista. Cualquiera de ellos puede haber sido durante mucho tiempo el bandido Larry Fox, hasta que decidió retirarse.

—¿Peto por qué tendría que estar en Black Valley? —murmuró Stirling—. Eso es lo que no entiendo.

Simmons apuntó con el dedo.

—Nosotros llevamos mucho tiempo pudriéndonos por el Oeste —dijo—, y hemos visto cosas que las otras personas no suelen ver. Estamos seguros de que Black Valley fue el cuartel general de Larry Fox.

—Sí. Es un sitio que reúne condiciones para un bandido —reconoció Stirling— Y si además empezó a verse deshabitado a causa de las epidemias…

—Epidemias que pudieron ser provocadas —apuntó Pineas —. Nada es tan fácil como envenenar las aguas y originar una mortandad. Y entonces, al ir quedando solitario todo esto, aún resultó mejor escondite para Larry Fox. Es un sitio recóndito, fácil de defender y con una leyenda maldita. Además, hay laberintos y pasadizos entre las rocas. Larry Fox pudo hablar aquí a los hombres de su banda sin ser visto. Y algo más.

—¿Algo más? —susurró Stirling, que sin embargo ya veía por dónde iba aquel pequeñajo.

—Sí. Este es un sitio ideal para ocultar lo que Larry Fox robó. Si es un tipo que tiene una doble vida, un tipo que pasa por ser un hombre honrado, no podía tener el producto de sus rapiñas en el recibidor de su casa, ni ingresarlas en las cajas fuertes de los Bancos, porque la gente hubiera empezado a sospechar. Por fuerza tenía que alijar el producto de los robos del círculo de sus relaciones personales. ¿Y qué mejor que esconderlo en un sitio como éste? Oigame, Stirling; ¿sabe cuánto debió «ahorrar» Larry Fox a lo largo de su vida?

—Pues… quizá medio millón de dólares pueden estar ocultos aquí, en algún punto de Black Valley. ¿A quién le extrañaría,

pues, que Larry Fox se encontrara cerca? ¿Y si pensara ya sacar el dinero y empezar a disfrutarlo, ahora que se ha deshecho su banda?

Stirling asintió.

El había pensado lo mismo.

Y eso explicaría el que Larry Fox —oculto bajo la personalidad que fuese— estuviera en Black Valley, y que además estuviera decidido a matarle a él, a Jess Stirling, por pensar que el joven realizaba investigaciones que no convenían al siniestro pistolero.

—¡Si supiera quién ha contratado a esos hombres! —dijo el joven, apretando los puños—, ¡Si pudiera saberlo…!

—Ellos no podrán decirlo —murmuró Pineas—. Están muertos. Y el hombre que los contrató ya se cuidará de no asomar las narices demasiado.

Jess Stirling anduvo unos pasos por la calle, mientras daba vueltas en su cerebro a un pensamiento que no lograba arrancarse desde tiempo atrás.

Pineas, mientras tanto, murmuró:

—Los que tendremos que largarnos de aquí seremos nosotros, Simmons.

—Sí. Aquí no ganamos ni un dólar.

—No es ésa la única razón. Tengo miedo de que mi suegra nos termine localizando.

—¿Tu suegra?

—No me digas que la has olvidado. Yo hice sociedad contigo y empecé a recorrer el Oeste precisamente para librarme de ella.

—Pero ella juró perseguirte…

—Y no es eso lo peor. Juró matarme con su cuchillo de cocina.

—Tú siempre has tenido miedo al cuchillo de cocina de tu suegra.

—¿Y quién no? Tiene el mango de color rojo, como si siempre estuviera manchado de sangre. Y tiene una hoja de dos palmos de largo. ¡Pocas bromas con eso, amigo! ¡Y con la mala jeta que tiene mi suegra! ¡Cada vez que se enfada, la verruga que tiene en la nariz se le pone también de color encarnado!

—No tengas miedo. No nos encontrará.

—No, ¿eh? Mi suegra sería capaz de encontrar hasta el rabo de una lagartija en Oklahoma. Y ya llevamos demasiado tiempo aquí.

Si no huimos pronto, terminará dando con nuestros huesos. Lo cual significa, maldita sea, que nosotros nos quedaremos sin ellos.

Se caló el bombín y fue hacia el lugar donde habían dejado el ataúd.

Para eso tenía que pasar por encima de una montaña de muerto

Pero antes lo detuvo Stirling con un movimiento de derecha.

—He pensado una cosa —murmuró—. Larry Fox, se oculte bajo la personalidad que se oculte, no habrá contratado él mismo a esos pistoleros. Sería demasiado arriesgado por si alguno de ellos llegaba a hablar. Lo habrá hecho por medio de algún cómplice.

—Pero también será muy difícil dar con ese cómplice —susurró Pineas.

—Yo creo que no. Tengo el nombre de un tipo metido entre ceja y ceja. Tengo el nombre de Barry clavado en la cabeza como una obsesión. Y yo creo que no es casualidad el que, de pronto, se haya presentado aquí.

—¿Piensas que él debe ser el cómplice de Larry Fox?

—Casi estoy seguro —gruñó Stirling.

Y se dirigió hacia lo que podía considerarse el centro de la pequeña ciudad.

Sabía que Barry no podía andar lejos de allí. Y estaba dispuesto a remover todas las piedras del siniestro Black Valley hasta dar con él... y colgarle de una de sus propias cuerdas.

* * *

—¡Eh, amigo!

Era el dueño del saloon el que le hablaba desde la puerta.

Stirling se detuvo.

—¿Qué le pasa? —preguntó el otro—. ¿Usted no come ni duerme?

—Hum... Dormir he dormido más de la cuenta —explicó

Stirling—. ¡Menudos trompazos me han dado! En cuanto a comer, creo que no me vendría mal algo que no fuese whisky.

—Pues entre. Precisamente mi mujer acaba de terminar una carne asada estupenda.

Stirling no tenía demasiado apetito, porque las cosas que le acababan de pasar eran como para dejar desganado a cualquiera. Pero comprendía que necesitaba comer algo o acabaría desfallecido en un rincón. ¡Y entonces Barry no tendría más trabajo que el de ponerle la «corbata» de cuerda!

Se sentó ante una de las mesas y comprobó que, en efecto, la carne asada que preparaban allí era estupenda. Estaba terminándola, en compañía de una buena botella de cerveza, cuando alguien más entró en el local.

Stirling le reconoció en seguida.

Era el prestamista Jekyll.

Mal tipo aquél.

Capaz de prestar a su mujer, si la hubiera tenido, con tal de que le pagaran unos buenos intereses.

Jekyll se acercó a él.

Ambos se conocían de Tombstone. Del mismo modo que Stirling conocía también a los rancheros Donovan y Borden.

Jekyll se sentó ante él.

—Usted estuvo en la fiesta de Hereford —dijo—. ¿Busca algo en Black Valley, Stirling?

—No creo que éste sea asunto suyo, señor Jekyll.

—Es que si usted busca algo, podría ayudarle.

—¿En qué?

—Tengo dinero para invertir, podría haber alguna mina en Black Valley. ¿No está usted aquí por eso? También me extraña que Hereford se haya instalado aquí. Hereford, un tipo desconocido que viene nadie sabe de dónde… Yo creo que aquí hay gato encerrado. A ustedes les han dado un soplo y buscan alguna mina.

—Y si es así, usted quiere participar en el negocio, ¿verdad, Jekyll?

—No me importaría invertir dinero en eso, si el soplo que le han dado fuera bueno.

—No existe ningún soplo, Jekyll. Y le diré una cosa: si estoy

aquí es porque busco a una mujer.

—¿Esa que dicen que ha resucitado?

—Cómo lo sabe, Jekyll?

—¡Maldita sea! En toda esta zona no se habla de otra cosa.

—Pero usted no lo cree, naturalmente.

Jekyll cerró un momento sus ojos astutos, unos ojos de mercader que no engañaban.

—Ya no sé qué pensar. En Black Valley se dice que han resucitado a muchas personas. Este es un sitio medio mágico y medio maldito. Sí eso que dicen hubiera ocurrido en otro sitio, yo me reiría. Pero aquí no sé...

El joven agotó su último vaso de cerveza.

—Hágame un favor, Jekyll —susurró—. Y por una vez hágalo sin cobrar dinero por ello.

—¿Qué favor?

—Busco a un hombre llamado Barry. Precisamente el verdugo que ahorcó a Marta Norman.

—Eso significa que..., ¿usted cree que está viva?

—No lo sé, Jekyll, pero si usted ha visto a Barry dígamelo. Tal vez eso aclare algunas cosas.

El usurero se encogió de hombros.

—Está bien, no voy a cobrarle dinero por eso... Lo he visto hace poco. Se dirigía al rancho de Hereford.

Stirling chasco dos dedos mientras se ponía en pie.

—Al rancho de Hereford, ¿eh? Entonces, todo concuerda.

—¿Qué es lo que concuerda?

—Imagínelo usted.

Y se dirigió a la puerta.

Pero, antes de que la atravesara, la voz de Jekyll llegó hasta él, atravesando el espacio.

—¡Claro que lo imagino! —dijo el usurero—, ¡Usted piensa que Hereford es verdaderamente Larry Fox y que Barry le ayuda! ¡Menudo notición si fuera verdad! ¡Le condenarían a muerte y yo podría quedarme con su rancho por cuatro dólares!

Jess hizo un gesto de hastío mientras atravesaba la puerta.

—Váyase al infierno —masculló—. Váyase al infierno y trate de hacerle un préstamo a Satanás. ¡Menudo negocio! ¡Estará usted toda la eternidad cobrando intereses!

Y salió definitivamente.

Tenía muchas cosas que hacer.

Y la primera de ellas era dirigirse al galope hacia el rancho de Hereford.

CAPITULO XVI

Nada de lo que vio estaba como la noche de la fiesta. La gran plaza frontera del edificio principal aparecía vacía. Los vaqueros se habían llevado las reses a pacer lejos de allí, donde la hierba estaba más fresca. La única persona a la que encontró Stirling fue a un herrero que le hizo una seña, indicándole que siguiese.

Al parecer, le había visto durante la fiesta y lo consideraba, por ese solo detalle, persona de confianza.

La puerta del edificio principal estaba abierta. Una criada negra limpiaba unos cristales. También había visto a Stirling en la fiesta y le hizo una seña para que se sentara.

—Supongo que viene a ver al señor Hereford —dijo.

Lo que Stirling quería, en realidad, era investigar por su cuenta, pero tuvo que decir:

—Sí, me gustaría hablar con él.

—Ha ido con los vaqueros, pero no creo que tarde. ¿Quiere beber algo?

—No, ahora no, muchas gracias.

—Entonces, perdóneme. He de ir a limpiar los cristales del otro lado de la casa.

Los ojos de Stirling brillaron un momento.

Se le ponían las cosas estupendamente bien.

Apenas la criada negra hubo desaparecido, Stirling se deslizó hacia las habitaciones cuya distribución ya conocía. Lo primero que buscó fue el dormitorio de Hereford, porque allí podía haber algo de interés.

No le fue difícil dar con él.

Era una magnífica pieza de muebles nuevos. Realmente, todo era nuevo en aquel rancho.

Stirling registró con rapidez y silencio.

Estaba completamente seguro de encontrarse en la guarida secreta de Larry Fox. Todos sus sentidos estaban en tensión, esperando una desagradable sorpresa en cualquier momento.

Pero nada sucedía.

Pudo ir registrando uno por uno los cajones, procurando dejarlo todo en orden para que su paso no fuera notado. Hasta que en el último de ellos encontró algo que le produjo una verdadera sacudida.

Era una máscara negra.

El sabía que Larry Fox no se mostraba nunca ante sus hombres, hablándoles siempre desde lugares ocultos o dándoles instrucciones por escrito. Pero también había oído decir que, por si acaso, usaba una máscara negra. Una máscara como la que él tenía ahora entre los dedos.

Era una prueba concluyente.

Sin proponérselo, siguiendo la pista de Barry, Stirling había dado con la madriguera de Larry Fox. Ahora ya sabía que Larry Fox era Hereford. Lo único que le faltaba era acabar con él…, si podía.

Cerró el cajón, dejándolo todo como estaba y guardó la máscara doblada en el bolsillo posterior de su pantalón. Era una prueba de la que no podía desprenderse.

E iba ya a volverse hacia la puerta, para salir de allí, cuando la voz dijo desde el umbral:

—¡Pero qué sorpresa verte en un sitio tan íntimo como éste! ¿Qué haces aquí, querido?

* * *

En los ojos helados de Stirling se recortó la figura inquietante de la mujer. Cintia, la esposa de Hereford, estaba allí. Cintia, la extraña mujer con la que se tropezaba en todas partes, cuando menos podía esperarlo. Cintia, la de las piernas hermosas ceñidas por finas medias.

Ondulando las caderas, avanzó hacia el joven.

No parecía demasiado sorprendida de encontrarle allí.

Y si de verdad estaba sorprendida, lo disimulaba muy bien.

Puso las manos en el cuello de Stirling, enlazándole tras su nuca.

Stirling pensó: «Tiene una figura impresionante. Y una cara dura más impresionante aún.»

—Supongo que éste es el sitio donde te besa tu marido —susurró.

—Sí pero mi marido. .. ¡es tan aburrido!

—¿Por qué?

—Sólo piensa en sus negocios y en su rancho.

—Supongo que no siempre estará a tu lado, Cintia. Supongo que muchas veces se habrá ido... sin que tú supieras dónde.

—¡Oh, sí! ¡Eso lo hace muchas veces! ¡Se larga y no da explicaciones! ¡Por eso estoy tan aburrida!

Stirling apretó los labios.

Las palabras de la mujer eran otra prueba más. Hereford necesitaba tiempo libre, un tiempo durante el que nadie le controlase, para convertirse en Larry Fox.

Cintia le miraba a los ojos.

—Supongo que me esperabas —dijo.

—¿Qué...?

—Supongo que si has entrado aquí era porque sabrías que vendría.

—Bueno... Yo...

No era que a Stirling no le gustase la mujer. Le gustaba con locura. Pero... ¡diablos, menudo lío!

Cintia seguía enlazándole la nuca con sus cálidos dedos.

—Jess... —musitó—. ¿Sabes que me has gustado desde el primer momento en que te vi?

—Tú también me has gustado, Cintia, pero...

—Pero si has venido a Black Valley ha sido persiguiendo el recuerdo de otra mujer, ¿no? Persiguiendo el recuerdo de una muerta. Stirling no supo qué contestar.

Realmente aquello era verdad. Cintia había dado con su punto flaco, con la verdad de su amor imposible por una mujer a la que vio colgando de una cuerda.

Pero en lugar de aquellos recuerdos turbios, allí estaban los labios calientes de Cintia.

En lugar de una mujer muerta allí estaba...

—...Yo soy una mujer viva —dijo Cintia, leyendo sus pensamientos—, Y si Hereford está muy lejos reuniendo reses, ¿qué culpa tenemos los dos?

«Sí —pensó Stirling—, ¿qué diablos de culpa tenemos los dos?»

Además, aquélla era la amiguita del sanguinario Larry Fox.

Probablemente ni siquiera estaban casados.

De modo que, cuando los turbadores labios femeninos vinieron hacia él, Stirling se dio mucha prisa para que no se le escapasen. Y cuando ella hizo más fuerte la presión de sus brazos, Stirling aplicó al hermoso cuerpo de la mujer una auténtica llave de «catch». No, no era fácil que la hermosa y tentadora Cintia se le escapase a cazar mariposas.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo se estuvieron besando.

Pudieron ser minutos.

O años.

Parecía como si los labios del uno hubieran pegado con cemento a los labios del otro.

Stirling no tenía ojos más que para la mujer.

Pero, de pronto, le pareció como si una sombra se deslizara por delante de la única ventana, Le parecía que se producía como un brusco parpadeo en la luz.

Miró hacia allí, y entonces..., ¡entonces la vio otra vez!

¡Pero ahora no era de noche, sino pleno día! ¡Ahora estaba seguro de que Marta Norman se encontraba detrás de los cristales! ¡Les había estado mirando desde unos pasos de distancia!

Stirling soltó bruscamente a Cintia.

Ella se quejó.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa? Ahora que esto se ponía bueno...

Stirling no contestó.

Se acercó a la ventana.

Pero en la ventana ya no había nadie. Al abrirla no vio a nadie tampoco. Sus ojos parpadearon, y por un momento tuvo la sensación de haber sufrido otra pesadilla.

—¿Qué te pasa? Ni que hubieras visto un fantasma...

—He visto a Marta Norman, la muchacha a la que ahorcaron en Tombstone.

—Pero, Jess;.., ¿es que ni estando conmigo puedes dejar de pensar en ella?

—Te juro que la he visto.

—Oyeme bien, muchacho... Todo esto son alucinaciones. ¡Y

deja de una ve?, de mirar hacia la ventana, si quieres que aprovechemos el tiempo!

Pero Stirling ya no estaba para aprovechar nada.

Ni siquiera a una mujer tan suculenta como Cintia.

Saltó por la ventana que había abierta y salió. No vio más que los campos vacíos del rancho. Aquellos campos que, de pronto, se encontraban con los peñascos de Black Valley y con los desfiladeros que llevaban a la pequeña población semiabandonada.

Pensó que necesitaba batir el terreno.

Sus sienes latían violentamente.

Esta vez estaba muy seguro. No había visto a Marta de noche, sino de día. Y además en aquella tierra donde… ¡donde había resucitado tanta gente!

Eso era inexplicable, pero rigurosamente cierto.

Si la gente se marchó de allí fue porque se sintió dominada por una especie de crisis colectiva de horror.

Galopó por las cercanías y examinó todos los cobertizos e incluso los matorrales en que podía haberse refugiado una mujer. Pero no encontró nada. Lanzando maldiciones y sin saber a qué carta quedarse, decidió volver a la pequeña población de Black Valley.

Por allí circulaba un correo dos veces por semana, a fin de que las personas que aún quedaban en Black Valley no estuvieran completamente aisladas del mundo. Aquel correo consistía en un caballo que, al llegar ante el saloon, se detenía a hacer pis. Y en un jinete barbudo que, al llegar ante el saloon, saltaba de la silla, escupía un par de veces, se acordaba de la madre del que le había enviado allí, entregaba las cartas, recogía el correo y se largaba soltando tacos.

O sea que el servicio funcionaba perfectamente. Y era amable.

Stirling pensó escribir una carta al sheriff de la capital del condado a qué pertenecía Black Valley, dando cuenta de su descubrimiento. El sheriff era el único que podía iniciar legalmente una investigación en regla. Y como no le faltaría la ayuda de Stirling, ya podía darse por seguro que Larry Fox estaba perdido.

No sabía si el correo pasaba aquel día.

Pero tenía que probarlo.

Atravesó al galope una de las calles y vio el local donde poco antes sostuvo el salvaje tiroteo. Los muertos habían sido retirados, pero las manchas de sangre continuaban. Los caballos sin jinete aún ramoneaban por allí. Y el ataúd de Pineas y de Simmons descansaban en el centro del local, tal como él lo dejó.

El joven se apeó del caballo, pensando que por allí cerca debían andar el gordo y el flaco. Ellos le informarían de si el correo pasaba aquel día o no.

Pero no pudo verlos.

El local estaba vacío.

Stirling iba a salir de nuevo, Cuando le pareció que el ataúd estaba mal cerrado. Fue a cerrarlo del todo y le pareció que no encajaba bien. Entonces alzó la tapa.

Y lo vio.

¡Era Oscar, uno de los dos estudiantes de medicina que habían traído el cuerpo de Marta hasta allí!

¡Y estaba muerto! ¡Le habían clavado una bala en el centro del corazón!

CAPITULO XVII

Jess Stirling quedó paralizado por unos momentos. No entendió nada de todo aquello y encima tuvo la sensación de que no lo entendería jamás. Pero ni por un instante dejó de estar en guardia.

Fue eso lo que le salvó la vida.

Sus sentidos en tensión captaron aquel leve crujido a su espalda. Se volvió instantáneamente, mientras la derecha volaba hacia el Colt.

El tipo que ya estaba en la puerta intentó parapetarse.

Parecía haber estado esperando allí para matarle por la espalda; pero el leve crujido de sus pies acababa de delatarle. Cuando iba a cubrirse, recibió la bala de Stirling en mitad del pecho.

Lanzó un alarido.

Logró disparar, pero la bala se empotró en el suelo. En aquel instante, Stirling enviaba ya su segundo plomo.

El hombre que estaba tras él pareció estirarse de un lado a otro de la puerta.

Chocó con el marco y cayó, mientras soltaba el Colt que ya estaba empapado de sangre.

Stirling se dio cuenta de que había logrado escapar de otra asechanza, pero matando a aquel individuo. Ya no podría hablar ni preguntarle quién le pagaba. Pero bien mirado, ¿para qué? ¿Lo necesitaba realmente? ¿No sabía ya todo lo que tenía que saber sobre Larry Fox?

Volvió sus ojos hacia Oscar, el joven asesinado que yacía dentro del ataúd. Apenas habían brotado unas gotas de sangre a causa del balazo, y esas gotas manchaban un poco la camisa. Por lo demás podía decirse que su muerte había sido «impecable». Y le habían tiroteado teniendo a su enemigo cara a cara, pero por la expresión que había quedado impresa en el rostro del muerto, se comprendía que éste no esperaba de ningún modo una agresión. Además, estaba desarmado en el momento en que lo enviaron al otro mundo.

Probablemente lo había hecho el tipo que ahora yacía muerto en la puerta, con lo cual Oscar ya había sido vengado. ¿Pero dónde estaba su compañero? ¿Y qué pretendían con todo aquello?

Fue en ese momento cuando oyó en la calle unos pasos solemnes y pesados, como de elefante.

Y unos pasos saltarines y leves, como de renacuajo. Pineas y Simmons se presentaron allí.

Fincas barbotó:

—¡Cuernos!

Y Simmons:

—¡Nosotros trabajamos con fiambres de mentiras! ¡Con tanto fiambre de verdad, nos va a arruinar el negocio!

—¿Habéis visto algo? —preguntó Simmons.

—Oh, no... Estábamos preparando los caballos para largarnos. Nos hemos retrasado mucho porque había que ponerles herraduras nuevas.

—Yo soy el que tiene más prisa —balbució Pineas—. Me muero de miedo pensando que mi suegra puede atraparme.

—¿Pero no habéis visto por qué Oscar venía aquí? ¿Ni quién lo mataba?

—No.

—Ni idea, muchacho.

Stirling se pasó una mano por los ojos.

—¿Dónde está George, el otro estudiante? —preguntó.

—No lo sabemos. Mientras no le hayan matado también...

—Eso es lo que me temo —susurró Stirling—. Pero ahora no podemos perder tiempo en hablar. Ayudadme a sacar el muerto de aquí y ponerlo sobre aquella mesa, si vosotros vais a llevaros el ataúd.

—¡Claro que nos lo llevaremos! —gritó Pineas—, ¡Y nos largaremos en seguida! ¡La sombra de mi suegra acecha!

Extrajeron el cadáver de Oscar y lo depositaron sobre una de las mesas destartaladas que había en el local. Mientras hacían esto, Stirling preguntó:

—¿Pasa el correo hoy?

—No estamos seguros. ¿Por qué?

—He de enviar una carta al sheriff.

—¿Una carta al sheriff? ¿De qué clase?

La voz había venido desde la puerta. Stirling volvió los ojos hacia allí.

Dos hombres estaban en el umbral y a los dos les conocía bien. Uno era el prestamista Jekyll. El otro el ranchero Borden.

Y era Jekyll el que acababa de hablar. Preguntó de nuevo:

—¿Para qué quiere enviar una carta al sheriff, amigo?

—He de darle un aviso —dijo Stirling, sin comprometerse a nada—. Es un asunto que lleva Silversun, el abogado de Tombstone, y que el sheriff debe conocer.

Jekyll arqueó una ceja y entonces su mirada pareció posarse por primera vez en el cadáver que descansaba sobre la mesa.

—Parece que esta ciudad está llena de complicaciones —murmuró—, ¿Quién era ése?

—Un estudiante de medicina que estaba de paso aquí.

—Hum... Black Valley siempre ha sido la tierra de los muertos, pero ahora lo parece mucho más, maldita sea. De todos modos, yo no quería hablarle de eso, Stirling. Verá, Borden y yo queremos proponerle un negocio.

—Perdone —dijo el joven—, pero no creo que sea éste el momento mejor para hablar de negocios. Tenemos cosas más importantes de qué ocuparnos.

—¿Por qué no me escucha al menos? No creo que pierda nada si me dedica cinco minutos.

—De acuerdo, Jekyll, le escucharé.

—Pero tendría que ser en privado. A esos dos mequetrefes no les interesa lo que hablemos.

Stirling miró a Pineas y a Simmons, que estaban los dos muy quietecitos y muy cerca del ataúd.

—Amigos —murmuró—, os deseo buen viaje si os largáis de una vez de esta condenada ciudad. Si de mí dependiera, no estaría aquí ni cinco minutos.

Y salió al exterior, donde ya le esperaban Jekyll y Borden.

Jekyll se puso un cigarro en los labios mientras murmuraba:

—Usted sabe que tengo capital, Stirling. Durante bastantes años me he dedicado a hacer préstamos y a ayudar a la gente.

—Sí, Jekyll. Ya sé que usted «ayuda» mucho.

—Me he dado cuenta de que Hereford gana aquí dinero fácil.

Por una serie de circunstancias, nadie le hace la competencia en estas tierras abandonadas. Y pienso que ya es hora de que yo haga negocio también.

—Pues ése es asunto suyo, señor Jekyll. Le deseo mucha suerte, pero yo de negocios no entiendo.

—No se trata de eso. Voy a adueñarme de un rancho que está cerca del de Hereford. Seremos dos a apoderarnos de las tierras y ganar carros de dinero el día de mañana.

—No veo qué intervención tengo yo en eso —murmuró Stirling.

—Verá —dijo Jekyll—, El señor Borden es mi socio. Pero necesitamos un hombre decidido y que se haga cargo del rancho durante unos días, mientras nosotros legalizamos la situación. Le pagaríamos bien por eso.

—Estoy sin un dólar, pero tengo cosas más importantes que hacer —dijo Stirling—. Gracias por la oferta.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene miedo?

—Hasta ahora no lo he tenido —dijo Stirling, sonriendo—, pero puede que empiece a tenerlo. ¿Por qué no contrató a otra persona?

—No me interesa hacer la oferta a ningún vecino de Black Valley —murmuró Jekyll— por razones fáciles de comprender. Todo esto tiene que llevarse en un razonable secreto, como siempre ha hecho Hereford. Pero hay otra razón por la cual me ha parecido que a usted le gustaría aceptar.

—¿Cuál? —musitó Stirling.

—Hay otra persona que trata de apoderarse de ese rancho. Me estoy refiriendo a Barry.

El joven apretó los labios mientras casi escupía el nombre:

—Barry…

Ahora comprendía por qué el verdugo estaba allí. También había querido hacer fortuna fácil, olvidándose de las maldiciones que pesaban sobre Black Valley. El ambicioso Hereford había sido un ejemplo que ahora bastantes personas estaban dispuestas a seguir.

Y Stirling cabeceó lentamente.

—Sí —dijo—¡ acepto, mientras tenga la oportunidad de partirle la cara a Barry.

—Pues creo que esa oportunidad le va a venir sólita. ¿Quiere que conozcamos el rancho del que le estoy hablando?

—Perfectamente.

—Entonces, vamos allá. El señor Borden, mi socio, vendrá con nosotros.

Jekyll tenía dos caballos en las cercanías y Stirling también tenía el suyo, de modo que montaron y salieron al trote. Remontando las escarpadas pendientes que eran la salida natural de Black Valley, se dirigieron a unos excelentes pastizales abandonados por sus dueños a causa del terror que llegó a apoderarse de todos los habitantes del valle. A Stirling le bastó verlos para comprender que allí se podía hacer un excelente negocio.

Pero no iba a ser tan fácil llegar.

Stirling no imaginaba que dentro de unos instantes oiría aquella voz.

—¡Alto! ¡Quietos ahí u os adorno con plomo la cabeza!

Todos se detuvieron.

Y todas miraron hacia el sitio de donde acababa de brotar la voz. Allí había un hombre apuntándoles con un rifle.

Los nudillos de Stirling crujieron a causa de la rabia que le invadía.

¡Por todos los infiernos!

¡Aquel tipo era el que más odiaba en el mundo!

¡Era el propio Barry!

* * *

Barry estaba a un lado del camino y a una yarda escasa por encima de sus cabezas. Una roca le protegía y en sus manos descansaba un rifle de precisión. Estaba claro que cualquier movimiento sospechoso que los tres jinetes intentaran, podía costarles la cabeza.

Barry masculló:

—Ni un paso más, amigos.

Los tres le miraron fijamente, como si quisieran matarlo con los ojos. Pero fue Jekyll el primero en recobrar la serenidad.

—Este no es un camino privado, Barry —dijo.

—Para mí lo es.

—¿Qué pasa? ¿Tiene intereses en esta zona?

—¡Eso no le importa a nadie! ¡Fuera o disparo! ¡Fuera!

Los nudillos de Stirling habían vuelto a crujir.

Se dio cuenta de que ahora Barry estaba mirando solamente a Jekyll. Igualmente su rifle sólo apuntaba al prestamista. Era un error que iba a costarle caro.

Lo que hizo en aquel momento Stirling quizá no volvería a hacerlo en su vida. Sólo al ver a aquel tipo que había ahorcado a Marta, ya perdía la noción de las cosas. No pensó en que Barry podía volarle la cabeza. Saltó del caballo y dio una rapidísima vuelta sobre sí mismo.

Barry disparó dos veces.

La primera bala se llevó parte de la silla de montar, haciendo encabritar al caballo.

La segunda restalló entre las patas del animal, pero Stirling ya no estaba allí. Acababa de dar otro salto felino y se hallaba al pie de la roca.

Barry fue a apuntar hacia abajo, descubriendo todo el cuerpo, y entonces Stirling saltó por su lado izquierdo. El verdugo no comprendió cómo diablos había podido saltar de aquel modo. Y tardaría en comprenderlo, porque el salvaje gancho que recibió en la mandíbula hizo que por unos momentos se olvidara de todo lo demás.

Barry soltó el rifle.

Un corto al estómago le hizo doblarse hacia adelante, mientras se cubría a duras penas la parte dolorida. Y entonces Stirling lanzó dos ganchos en un alucinante tic-tac. Sus brazos se movieron arriba y abajo como un salvaje péndulo. La mandíbula de Barry pareció deshacerse en el aire.

El verdugo rodó hacia el camino.

Quedó unos instantes quieto ante las patas del caballo de Jekyll, que relinchaba asustado. Jekyll extrajo su Colt y fue a disparar contra el caído todas las balas de su cilindro.

Stirling, aulló:

—¡No tire! ¡Lo quiero vivo!

Jekyll vaciló un momento y aquello bastó para que Barry demostrara que él también tenía la agilidad de un tigre. Instantáneamente saltó desde el camino hasta el despeñadero

que había al otro lado.

Fue un movimiento tan rápido que apenas pudieron seguirlo con los ojos.

Jekyll disparó, pero ya Barry se había perdido entre los matorrales y rodaba despeñadero abajo. Podía matarse, porque aquello era muy profundo, pero los tres hombres que estaban en el camino imaginaron que quizá se habría asido a algunos matojos, evitando así una caída fatal. De un modo u otro, lo cierto fue que muy poco después lo habían perdido de vista.

Borden mascullló:

—¡Hay que perseguirlo!

Y espoleó a su caballo para forzarle a bajar. Pero el animal se detuvo al borde mismo del barranco, relinchando furiosamente. Tenía miedo. Jekyll intentó hacer lo mismo con el suyo y el animal también se detuvo.

—Es inútil —dijo Stirling—, Pero no hay que preocuparse demasiado por él. Si ahora Barry no se ha matado, volveremos a encontrarle y esta vez no escapará.

Saltó desde la roca, tras recoger el rifle lanzado por su enemigo, y montó de nuevo a caballo. Los tres hombres siguieron su camino por el empinado sendero hasta llegar a la parte más alta de los pastizales. Su mirada se extendió por una vasta superficie verde que podía ser el origen de una gran riqueza.

Jekyll la señaló, extendiendo el brazo.

—Es esto —dijo—. Y además hay agua en abundancia para las necesidades del rancho.

—No serán las aguas envenenadas de que hablaba la gente, ¿eh? —susurró Borden.

—¿Aguas envenenadas? ¡Qué tontería! Aquello ya pasó. Estas son aguas puras y limpias. Me gustaría que viesen el manantial.

Les indicó una vaguada rocosa que se hundía en el terreno y donde hasta los caballos, al entrar en ella, podían perderse de vista.

—Pasen —dijo—. Se darán cuenta de lo que todo esto significa.

Los dos hombres fueron delante.

Stirling primero.

Borden tras él.

Y cerrando marcha, Jekyll.

La vaguada se hacía cada vez más profunda, dando en ciertos momentos la sensación de que entraban en un túnel. La maleza, arriba, llegaba a tapar la luz. En ciertos instantes, la sensación llegaba a ser sobrecogedora.

Al fondo se oía el rumor del agua. Allí debía nacer una especie de cascada que se hundía en las profundidades. Los caballos avanza- ban paso a paso, en cuidadosa fila india, porque el espacio no daba para más.

Jekyll murmuró:

—¿Oyen el ruido del agua?

—Sí; perfectamente.

La respuesta había sido de Borden.

Los dos hombres que iban en primer término se adelantaron un poco más.

Ninguno de los dos oyó a su espalda el «clic» del martillo de un revólver. Ninguno de ellos lo oyó, y mucho menos Borden.

Borden no llegó a enterarse de nada.

Cuando la bala le atravesó la nuca, cayó del caballo como un plomo, sin poder exhalar un gemido. Y entonces Jekyll alzó el martillo por segunda vez.

En sus labios flotaba una sonrisa satánica.

Y apuntó a la nuca de Stirling mientras decía con una voz lenta, marcando las sílabas una a una:

—Y ahora tú, muchacho.

CAPITULO XVIII

Stirling quedó completamente paralizado.

Por un instante, las fuerza le fallaron del todo, hundiéndole en una especie de *surmenage* que podía ser fatal. La boca se le secó. Y no se le secó de miedo, sino de asombro.

Lo único que pudo balbucir fue:

—¿Por qué?

—Muy sencillo, amigo —dijo la voz lenta, ominosa, a su espalda—. Porque yo soy el mismísimo Larry Fox.

* * *

Ni un rayo cayendo a sus pies hubiera podido dejar a Stirling más petrificado que aquello. De todas las personas de las que llegó a sospechar, Jekyll había sido la última. No tenía pinta de prestamista —porque era ágil y fuerte—, pero tampoco tenía la pinta de ser el pistolero más duro, implacable y cruel que había asolado aquella comarca en los últimos años.

Incluso ante la evidencia de un hombre muerto junto a él, a Stirling le costaba creerlo.

—¿Pero por qué estás aquí, maldito? —balbució con desprecio—, ¿Qué es lo que buscas?

—Muy sencillo. Mataros a los dos sin que nadie se entere.

—¿Por qué a Borden?

—Estaba metiéndose en demasiadas cosas. Igual que tú. Demasiadas investigaciones en una tierra donde no me interesa que haya nadie. Yo maté a ese condenado estudiante de medicina, y lo que siento es no haber tenido ocasión de haber matado a su amigo también. Pero ya lo haré. Acabaré con iodos los que, de repente, han entrado en mi reino

—¿Tu reino? —musitó Stirling, con entonación burlona, deseando angustiosamente ganar tiempo como fuera—. ¿De qué locura estás hablando?

—Del lugar donde guardo el producto de mis robos. Del lugar donde guardo la fortuna de Larry Fox, que nadie ha podido encontrar todavía.

El cuello de Stirling se contrajo.

Bruscamente lo entendió todo.

Un valle abandonado o... una especie de valle de la muerte y de los fantasmas... ¡Un sitio fantástico para tener segura una fortuna hasta el momento de utilizarla!

—Apuesto a que fuiste tú el que envenenó las aguas, buitre —masculló—. Apuesto a que fuiste tú el que hizo que esta tierra se convirtiera en la tierra de la muerte.

—Claro que envenené las aguas —dijo Jekyll con voz silbante, siempre detrás suyo—. Me interesaba que la gente se largará de aquí no sólo para tener seguro el diaero en un sitio donde nadie metiese las narices, sino para hacer más tarde un gran negocio apoderando me de excelentes tierras en este lugar deshabitado. Yo envenené las aguas y provoqué, con los resucitados, un verdadero pánico.

Stirling pestañeó sin volverse.

—¿Los resucitados? —farfulló.

—Lo que ocurre en todas las grandes epidemias —dijo Jekyll —. Cuando las personas mueren por docenas, nadie se preocupa de asegurarse bien de su defunción. Eso creó un clima de pánico que se recordará siempre en la historia del Oeste.

Los dientes de Jekyll crujieron después de estas palabras.

Y barbotó:

—Ahora ya sabes más de lo que tendrías que saber... Ahora..., ¡basta!

Fue a cerrar el dedo sobre el gatillo.

Tenía todas las ventajas de su parte.

Aquello era no ya un asesinato. Era una ejecución.

Pero no contaba con la agilidad endiablada de Stirling, y éste fue su terrible error. Después de haberle visto sallar contra Barry, debía haber comprendido que aquel hombre era un verdadero gato. Creyó tenerlo seguro y disparó a la nuca como había hecho con Borden. Pero cuando la bala salió de la recámara, ya Stirling estaba materialmente colgado de los arbustos que llegaban hasta el fondo de la vaguada. Ya no estaba en la silla del caballo, sino brincado en el aire.

La detonación despertó mil fantasmales ecos en aquella especie de mundo subterráneo.

Jekyll lanzó una especie de salvaje rugido.

Oscilando como un péndulo al final de aquella especie de lianas, Stirling descargó el impacto de sus dos pies en la cara de su enemigo. Jekyll disparó de nuevo, pero ahora al aire. Por unos momentos perdió la visión de lo que sucedía, Stirling rodó por el suelo y sacó instantáneamente el revólver, disparando por debajo del codo.

Su propio caballo impidió que hiciera blanco.

Cubriéndole parte del campo de tiro, el animal hizo que la bala resbalara sólo por la pierna derecha de Larry Fox. Este lanzó un grito y trató de hacer volver grupas al caballo, pero el reducido espacio le impedía la maniobra.

Los dos hombres se miraron unos instantes.

Ahora los dos tenían las armas en la mano. En sus ojos hubo un fulgor salvaje.

Un posible espectador no hubiera podido distinguir en aquel momento dramático cuál de los disparos había sido más rápido. Pero el que recibió la primera bala sí que lo distinguió. Cuando Larry Fox apretó el gatillo, ya su ceja izquierda se había partido en dos. Se había partido en dos porque la bala acababa de hacerle un adorno de muerte en la frente.

Por eso su bala salió alta.

Por eso se perdió en el vacío.

Las detonaciones levantaron mil ecos y repercutieron interminables en aquella especie de gruta que se llenaba mansamente, al fondo, con el murmullo del agua.

Stirling se levantó de un salto y se acercó a su enemigo.

No necesitaba pensar más en él.

Estaba muerto. La bala le había atravesado la cabeza de parte a parte.

Con movimientos pausados, el joven extrajo la máscara que había encontrado en el rancho de Hereford. Se la puso sobre la cara del muerto y vio que encajaba perfectamente. Por si podía caberle la menor duda acerca de la verdadera identidad de Jekyll, aquello lo confirmaba. Pero entonces, ¿qué significa Hereford? ¿Cuál era su juego?

—Un poco más y hubiéramos llegado a tiempo de ayudarle —dijo la voz frente a él—. ¡Uf! ¡Se ha salvado por los pelos,

muchacho!

Stirling alzó la cabeza.

Estaba tan asombrado que su movimiento fue lento, increíblemente lento.

Hubieran podido matarle.

Pero los dos hombres que estaban allí no pensaban en eso. Al contrario, los dos hombres que estaban allí le sonreían amigables. Eran..., ¡eran nada menos que Hereford, el ranchero, y George, el estudiante de medicina que había escapado con vida!

Stirling se puso en pie.

Apenas pudo balbucir:

—Oigan, amigos... Antes de que me vuelva loco... ¿Quieren decirme qué pasa?

—Muy sencillo —murmuró Hereford—. Yo de ranchero tengo poco, ¿sabe? En realidad soy un viejo agente federal. Un viejo zorro al que encargaron dar como fuese con el dinero oculto por Larry Fox, y además, descubrir su maldita identidad

—Pero..., ¿pero y su mujer?

—No es mi mujer. Es también un agente

—Oiga... ¡Entonces puedo decírselo! —murmuró Stirling, casi con entusiasmo—. ¡Menuda tía!

—Vaya con cuidado. No es mi mujer, pero pienso casarme con ella.

—Ah, bu..., bu..., bueno.. Entonces, que..., que le aproveche.

—De todos modos, sí que es una mujer de bandera. Celebro que tenga tan buen gusto, Stirling. Pero desde ahora..., ¡ojo!

—Descuide, hombre, descuide... Y este estudiante de medicina, si es que alguna vez ha estudiado algo, ¿qué hace aquí?

—De estudiante tiene poco. También es un agente federal.

—¿Y también tenía que descubrir el secreto de Larry Fox?

—En efecto, ésa era su misión.

Stirling apretó los labios.

—Con su permiso, Hereford , a éste voy a romperle la cara.

—¿Pero por qué?

—Podía perdonarle que trajese el cuerpo de Marta Norman siendo un estudiante de medicina, pero siendo un federal, no.

Así es peor que un ultraje.

—Creo que se equivoca, Stirling.

—¿Me equivoco? ¡Ahora verá!

Y fue a disparar su puño derecho, pero Hereford le detuvo con un gesto.

—Ese hombre y su amigo no transportaron el cuerpo de Marta Norman —dijo—. Se limitaron a transportar un ataúd con animales muertos para que olieran mal. Así engañaron a todo el mundo. Y así dieron la sensación de que María Norman había resucitado, para hacer perder a Jekyll el control de sus nervios. Para que Jekyll llegara a creer que Marta, antiguo miembro de su banda, había descubierto el escondite del dinero después de morir. Si usted mismo, Stirling, llegó a no saber qué pensar, ¿qué le ocurriría a Jekyll? Porque Jekyll, pese a todo, sabía que estaba en una especie de lugar maldito, y las apariciones de que hablaba todo el mundo empezaban a volverle loco. Por eso hizo lo que todos esperábamos que hiciera: querer sacar el dinero de aquí y llevarnos de ese modo hasta su escondite, que tiene que estar justo detrás de aquel salto de agua. Pero Marta entró en su banda por orden nuestra. Marta también trabaja para el Gobierno y en realidad nunca murió.

Stirling sintió como si le hubieran dado un mazazo en el cráneo.

Y como si sonara una campana dentro de él.

Una campana alegre, muy alegre, al fin y al cabo.

¡Pero que le enloquecía!

—Marta… —bisbiseó—. Marta, ¿no está muerta? ¡Eso es absurdo! ¡Yo mismo vi cómo caía al fondo de la trampilla! ¡Yo mismo vi tensa la cuerda!

—Justo lo mismo que vio Jekyll, que era uno de los testigos de la ejecución —murmuró Hereford—. Lo buscamos a propósito, así como a los otros sospechosos. Pero lo que nadie vio fue cómo dos ayudantes recogieron bajo el patíbulo el cuerpo de Marta antes de que la cuerda llegara a tensarse. En realidad la cuerda la tensaron a mano desde abajo. Era un juego arriesgado, un juego que podía ser mortal, pero al que Marta se sometió porque ella era nuestra pieza clave.

A Stirling le temblaron las rodillas.

Lo que no le había pasado antes le pasó ahora: estuvo a punto de caer.

Y balbució:

—Entonces, yo..., ¡yo estuve a punto de estropearlo todo!

—Justo, amigo. Con su afán de llegar al fondo de la verdad, estuvo a punto dé conseguir que todo se fuese al diablo. Pero ha sido usted el que ha desenmascarado a Jekyll, empleando además una prueba que yo tenía guardada en el rancho: la única máscara de ese buitre que habíamos podido encontrar. Por otra parte ha demostrado que quiere a Marta Norman más allá de todas las pruebas y más allá de todos los peligros. Ella le está esperando. Ella también le quiere, Stirling. Pero antes tendrá que pedirle la mano a su padre.

—A... ¿a su qué...?

—¡A su padre! la mí! —gritó una voz tonante.

Stirling volvió la cabeza.

Y ahora sí que basculó a punto de caer.

¡Lo que le faltaba!

Porque el hombre que acababa de hablarle era... era... ¡era el propio Barry!

* * *

—¡Ahora sí que puedes imaginarte el cuidado con que «ahorqué» a Marta, tratándose de mi propia hija! —masculló—. ¡Y cuando ya casi tenía las pruebas contra Jekyll, tú metes la pezuña y me deslomas! ¿Qué? ¿Me pides la mano de Marta o no me la pides? ¡Decídete, cuerno!

Stirling tragó saliva una vez.

Dos veces.

La sorpresa y la alegría casi le ahogaban.

Al fin se acercó casi con timidez a Barry y susurró:

—Le... le... Bueno, tengo el honor de pedirle la mano de su hija.

—¡Antes toma la mía muchacho!

Y Barry fue a tender la derecha.

Stirling fue a estrechársela,

Pero el guantazo que recibió en plena cara por poco lo

desencuaderna. Y el directo al estómago. Y los dos ganchos que por poco le cambian la dentadura de sitio.

—¡Ahora estamos en paz! ¡Ven a mis brazos, querido hijo!

Pero Stirling no fue a sus brazos. ¡Qué cuerno va a ir! lo que a él le interesaba era salir pronto en busca de Marta. Al suegro que le dieran morcilla.

Y salió de allí.

Y vio a Marta a un lado del camino como una mágica, como una maravillosa, como una celeste aparición.

Pero no llegó hasta ella.

Al menos de momento.

Porque de pronto, una especie de huracán pasó junto a él, derribándole casi.

El huracán estaba formado por un tío muy gordo que corría.

Y por un tío muy delgado colgado a los faldones de su levita.

Stirling barbotó.

—¿Pero de qué diablos huís ahora? ¿Qué pasa?

—¡Hemos visto abierto el ataúd! —aulló Pineas.

—Y dentro estaba… —aulló Simmons.

—Mi… —dijo Pineas.

—Su… —barbotó Simmons.

—¡Mi suegra! —aulló Pineas—. Mi suegra con su. cuchillo de cocina!

Y los dos cayeron rodando por la vaguada donde estaba oculto el tesoro de Larry Fox. Mientras iba hacia Marta, Stirling pensó que a lo mejor tenían suerte. A lo mejor se aplastaban las narices contra una moneda de cien dólares.

Así podrían comprarle un cuchillo nuevo a la suegra.

FIN